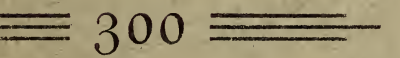
ANTONIO PASO y JOSÉ ROSALES

El padre de la patria

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,
ARREGLO DEL INVIOLABLE, DE
HENNEQUIN.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

EL PADRE DE LA PATRIA

EL PADRE DE LA PATRIA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

arreglo del **Inviolable** de Hennequín

POR

ANTONIO PASO y JOSÉ ROSALES

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA, el día 16 de Enero de 1920



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, M 551

1920

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA SOL DE ENTRAMBASAGUAS.	Sra.	Alba.
JULIA LA HEBREA................	Srta.	Carbone.
VIRGINIA CABEZÓN..............		Redondo.
ELEUTERIA........................		Andrés.
MARTIRIO.........................		Caba.
PABLO GAVILÁN..................	Sr.	Bonafé.
BERNARDINO CABEZÓN....		Tudela.
FABIO LAFUENTE................		Górriz.
CANDIDO PALOMO................		Asquerino.
AQUILINO PACHÓN		Roa.
EL DOCTOR MADRID..............		Caba.
UN GUARDIA DE SEGURIDAD....		Pereda.
BROCHILLA.......................		Gutiérrez.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del público



ACTO PRIMERO

Despacho elegante en una casa moderna de Madrid, a gusto del pintor. «Servicio escénico». Puerta al foro; dos en el lateral derecha y una en el lateral izquierda. Mesa de despacho entre las dos puertas de la derecha. Sofá, muebles adecuados, etc., etc.

—

(Al levantarse el telón, DON FABIO, hombre de unos cincuenta años, vestido con un pijama, está sentado ante la mesa de despacho, figurando que escribe. Suena varias veces un timbre y se oye por la primera derecha la voz de DOÑA SOL que grita.)

SOL — (Desde dentro.) ¡Ele! ¡Ele!

FABIO — (Indignado.) ¡Esta criada es sorda! (Llamando.) ¡Eleuteria!

ELEUT. — (Por el foro.) Señor.

FABIO — ¿No oye usted el timbre?

ELEUT. — Sí, señor.

FABIO — ¿No oye usted a la señora?

ELEUT. — Sí, señor.

FABIO — ¿No oye usted mi voz?

ELEUT. — ¿No oye usted que sí, señor?

FABIO — ¡Estas madrileñas!

(Entra en escena, por la primera derecha, DOÑA SOL, mujer de unos cincuenta años, pero queriendo aparentar quince. Viste una bata llamativa. Tiene el pelo color azafrán a fuerza de tintes; varios lunares en la cara, que se ve que son postizos. Está bastante ojerosa y saca un libro en la mano.)

SOL — Pero Ele, ¿es que tienes obstruído el conducto auditivo? Voceo, timbreo y como si voceara o timbreara en el desierto de Sahara.

FABIO Sí, sí; regáñale y te soltará una coz. Ya lo he dicho mil veces: ¡Es un caballo!

ELEUT. Perdone la señora, pero estaba leyendo una carta.

SOL ¿Qué carta?

FABIO Un caballo, lo tengo dicho.

ELEUT. De mi familia, porque como una tiene la desgracia de tener familia...

SOL Y tú crees más necesaria la lectura de una carta que mi salud. Sabes que a las diez y media me toca la kola y son los tres cuartos para las once; a las ocho, si no estoy equivocada, me debieron tocar los glicerofosfatos y tampoco los he tomado. Así estoy yo con una galbana de los nervios, una flojedad de los músculos y un decaimiento del total, que no me puedo tener. (Se sienta.) Ya sé yo que esto mío no se cura en dos días, que es una cosa larga; por eso necesito los tónicos, la kola..

ELEUT. ¿Quiere la señora que se la traiga?

SOL ¡Qué remedio! Más vale tarde que nunca. (Eleuteria hace mutis.)

FABIO Querida Sol, ya te he dicho que no debes preocuparte; que tú lo que tienes es una neurastenia y nada más que una neurastenia.

SOL Y aunque así lo fuese, ¿crees que una neurastenia del tamaño de la mía, no es para preocuparse? Oye la opinión de tu amigo el doctor Pozo.

FABIO Pozo, es un caballo.

SOL Para ti todos son cuadrúpedos. En cambio, para mí, es una lumbrera Pozo. Pero no hay que ahondar tanto; con hojear esta obra, te convencerías de que la neurastenia es una enfermedad peligrosa y a veces mortal.

FABIO ¿De quién es?

SOL De un célebre médico guipuzcoano: del doctor Echaochogotas. Bien claro lo dice.

FABIO Pues ya podía decir los medios de combatirla.

SOL Claro que los indica: tónicos, higiene y sobre todo distracciones, muchas distracciones; que el espíritu encuentre emociones agradables... Los tónicos, ya me los procuro; las emociones agradables debían ser cosa tuya y ¡que si quieres!

FABIO Mujer, es que estoy atareadísimo: Un diputado no se pertenece: son diez mil personas las que han invadido los colegios para darme sus sufragios...

SOL Fabio: las que han invadido los colegios no han sido diez mil personas, sino cuarenta mil...

FABIO Mejor.

SOL Cuarenta mil pesetas y el gobierno que te ha apoyado, que si no ¿de dónde ibas tú a salir diputado por Medinilla? ¿Qué intereses tienes tú allí? ¿Qué has hecho tú por Medinilla? Si no te conocen.

FABIO Bueno, bueno; hoy estás imposible. ¿Conque no me quieren en Medinilla? Pregúntale a Gavilán, a mi secretario, que fué a la elección... Ese puede decirte si tengo arraigo o no, en el distrito.

(Vuelve a salir ELEUTERIA llevando en una bandeja pequeña, un vaso con cuatro dedos de agua, una cucharilla y un frasco de kola Astier.)

ELEUT. La kola.

SOL Bien, prepáramela.

(Eleuteria echa una cucharada en el agua y se pone a agitarla con la cucharilla para que se disuelva.)

SOL. (Con interés.) Y apropósito de Gavilán, ¿cómo no está aquí, a la hora que es?

FABIO No es raro; le cuesta tanto levantarse. En cambio, no encuentra el momento de acostarse. Yo se lo tengo dicho: «Gavilán, recógete más temprano; mira que ya no eres ningún niño.» Porque Gavilán ha pasado de los cuarenta; pero ¡que si quieres!... (Molesto por el ruido de la cucharilla.) ¿Qué haces?

ELEUT. Meneando la kola, señor.

FABIO ¡Es un caballo! Bueno, acaba y márchate.

SOL Dame. (Se lo bebe.)

ELEUT. ¿Manda algo más la señora?

SOL No, vete. (Eleuteria hace mutis.) De modo que tu amigo íntimo, porque más que secretario es tu amigo íntimo, ¿no te hace caso?

FABIO Peor para él. Esa vida de crápula que lleva, lo agotará, lo envejecerá, lo matará. El mejor día, te enteras de que Gavilán ha subido al cielo.

SOL ¿Pero es verdad eso que cuentan de que tiene tantas mujeres rendidas.. ?

FABIO Líos y nada más que líos. Y el caso es que

vale; tiene talento y una gran simpatía... pero ya es hora de que dejase el camino que emprendió hace veinte años. ¡Es incansable!

SOL. Me extraña que no esté neurasténico.

FABIO. Está loco, que es peor.

SOL. (Aparte y como si soñase.) ¡Gavilán! ¡Gavilán! (Se pone a leer el libro.)

FABIO. (Levantándose.) En fin; voy a tomarme mi ducha. Eso sí que tonifica y despeja el entendimiento. ¡Si todos los diputados tomasen duchas, otra cosa sería de España! (Llamando.) ¡Eleuteria! ¡Eleuteria!

ELEUT. Señor. (Saliendo.)

FABIO. ¡Señor! ¡Señor! Abusas del señor. Sobre todo delante de mis electores, no me llames señor: me llamas el señor diputado.

ELEUT. Está bien.

FABIO. Si viene el señor Gavilán, le dices que estoy tomando la ducha, y si viniese algún elector, le dices: el señor diputado está estudiando el presupuesto. (Aparte.) Esto da importancia y no compromete. (A Sol.) ¿Entras?

SOL. Sí... (Siguiéndole.) ¡Emociones agradables! ¡Gavilán! ¡Gavilán! (Hacen mutis los dos. Queda sola Eleuteria.)

ELEUT. ¡Estudiando el presupuesto! Me parece que lo que éste estudie... Si no fuera por el señor Gavilán...

PABLO. (Entrando por el foro y abrazando a Eleuteria.) Distinguida y mantecosa Eleuteria.

ELEUT. ¡Cuidadito, eh!

PABLO. No te preocupes. De mí nunca esperes el abrazo brutal, el pechugón que decimos los clásicos. No, yo oprimo, pero con cierta suavidad; *atarazo,* pero siempre con delicadezas. ¿Quién mejor que tú puede decirlo? En el tiempo que llevas en la casa, me he permitido moldearte con mis brazos infinidad de veces, y ¿a que nunca te he hecho daño?

ELEUT. Eso es verdad.

PABLO. Como que yo y el céfiro, *pandán;* rozamos y no molestamos. Bueno, mi querido amigo y jefe, el ilustre diputado por Medinilla, don Fabio Lafuente, ¿se ha ha levantado ya?

ELEUT. El señor diputado está estudiando el presupuesto.

PABLO. Entonces, duerme todavía.

ELEUT. No, se está dando una ducha; pero desde que se levantó no ha hecho más que preguntar por usted.

PABLO ¡Pobre Fabio! La verdad es que no sé qué va a ser de él cuando yo le deje.

ELEUT. ¿Pero es que va usted a dejar al señor?

PABLO Sí, marmórea Eleuteria, hora es ya de que... Pero, calla; aquí llega Palomo; déjenos, que tengo que hablar con él de un asunto reservado.

ELEUT. Si necesita algo, llame.

(Hace mutis por el foro a tiempo que entra PALOMO, que figura que la abraza brutalmente.)

PAL. (Abrazándola.) Buenos, atrayente Eleuteria.

ELEUT. ¡Qué bárbaro! ¡Este no es céfiro! (Mutis.)

PAL. Bueno, ya me tienes aquí. ¿Qué te ocurre para que me escribas citándome con esa urgencia?

PABLO Querido Palomo, necesito que me hagas un favor importantísimo.

PAL. (Echándose mano al bolsillo.) ¿Cuánto?

PABLO No, no es dinero; afortunadamente hoy no lo necesito. (Registrándose los bolsillos.) Pero, Señor, ¿dónde habré yo echado el discurso que le traía a Fabio?

PAL. Tú dirás.

PABLO Siéntate y oye: Tú sabes, querido Palomo, que yo tengo una tía en Salamanca, y sabes también que esa tía tiene fincas, tiene acciones de la azucarera, tiene papel del Estado y tiene gota; pero, ¡qué gota!: se rezuma como un botijo de Andújar.

PAL. Adelante.

PABLO Bueno, pues esta tía que me quiere como puede querer una tía y que camina cerca de los ochenta otoños, se ha sentido espléndida.

PAL. ¡Hola! ¡Hola!

PABLO Sí, querido Palomo, me instituye su único heredero si me caso con una chica a quien no conozco, pero a la que ella protege decididamente. Me dice que es joven y que su padre es hombre de grandes luces, que está oscurecido porque aquí no se hace justicia al talento. Creo que es un frenólogo estupendo: te palpa el cráneo y te adivina si eres jocoso o triste, si eres un sabio o eres un burro.

PAL. ¿Y tú le has contestado?

PABLO Le he contestado que estoy dispuesto a obedecerla y que partiré en seguida para Salamanca a cerrar mi vida de calavera uniéndome a la señorita Virginia Cabezón.

PAL. ¿Se llama Virginia?

PABLO Virginia y yo Pablo. Podemos ser una nueva edición de *los amantes*.

PAL. Por lo que oigo, ¿te marchas de Madrid?

PABLO De eso trato; pero antes tenía que romper mis relaciones con Maribel, la bailarina; con *Rayo de oro*, la cupletista; con *Fenicia*, la transformista, y con Julia, *La Hebrea*, que lo abarca todo; porque si me voy sin decirles nada, son capaces de seguirme e impedir mi boda. Y figúrate, mi tía que quiere que me case en la Catedral, si se presentan todas en el preciso momento, iba a parecer la Catedral de las Variedades.

PAL. Comprendo. ¿Quieres que yo?...

PABLO Hasta ahora no... yo ya me he justificado con Maribel, con *Rayo de oro* y con *Fenicia*... ¡Pobres!... Me querían tanto, que han tenido un verdadero disgusto; las tres han necesitado de asistencia facultativa y de algún dinero. Pero anoche, al intentar romper con Julia, *La Hebrea*, me ocurrió un incidente que, de hacerse público, pudiera perjudicarme...

PAL. ¿Qué fué?

PABLO Verás: Me la llevé a cenar al Ideal Rosales, y ya sabes cómo hago yo esas cosas... Moluscos, crustáceos, junto al rojo salmón, el pálido escalope de ave, y si es de beber, no hablemos: Riscal al principio, Champagne a la mitad, y los Reverendos Padres al final. El festín de Baltasar, resultaba un cubierto de dos pesetas al lado del nuestro. A todo esto, cuantas veces intentaba decirla lo de mi casamiento, se me ahogaban las palabras en los labios... no me atrevía... Reparaba en ella, su perfil helénico, los dientes tan blancos, los ojos tan negros, la botella de Champagne a su lado... No tenía más que alargar la mano y estampármela en la cabeza...

PAL. ¡Ah, vamos, tuviste miedo!

PABLO Lo tuve, te lo confieso. Así es que decidí decírselo en su casa. Salimos; en la esquina

vimos un coche de punto que venía hacia nosotros. Le detengo y le digo al cochero...

PAL. General Pardiñas, 150 duplicado.

PABLO ¡Ah! ¿Tú sabes dónde vive Julia?

PAL. Por una casualidad. Continúa.

PABLO El cochero que oye las señas, cierra la portezuela que yo había abierto y me dice: «Voy a relevar». Yo le contesto agriamente, él me replica... y para terminar... que levanto el bambú y a los seis estacazos, en vez de una elegante cayada, lo que tenía en la mano eran unos zorros.

PAL. ¡Qué barbaridad!

PABLO Te confieso que hice un disparate... Se armó un escándalo morrocotudo. Nos llevaron a la Comisaría y a mí se me ocurrió abusar de la inmunidad de Fabio.

PAL. ¡Ah! ¿Tú dijiste?...

PABLO Que era diputado.

PAL. ¡Qué imprudencia!

PABLO Al contrario, fué mi salvación. No solo encontraron justificadísimos los estacazos, sino que encerraron al cochero. Y yo, del brazo de Julia, salí de la Comisaría «Pío felice triunfador Trajano». El inspector me dió su tarjeta: Mírala: (Leyendo.) Aquilino Pachón.

PAL. ¿Y le has contado a tu jefe que te hiciste pasar por él?

PABLO ¡Nunca! ¡Menudo disgusto tendríamos! A Fabio le pides su casa, su dinero y, hasta si me apuras mucho, su amante, si es que la tiene y no se incomoda; ¡pero su investidura de diputado!... Es más celoso de ella que de su honra. Sería nuestro rompimiento y ¡quién sabe!...

PAL. Lo que no adivino es para qué me necesitas; ese favor tan importante...

PABLO Importantísimo. Quiero que te llegues primero a la Comisaría y arregles que esto no trascienda, que no se forme atestado... ¡Figúrate si los periódicos se ocupasen!... Allí mismo puedes enterarte dónde vive el cochero, y como pago de su silencio, le das este billete de diez duros.

PAL. ¿Tú crees que callará?

PABLO En cuanto vea el billete pierde el habla.

(Sale DOÑA SOL, que al ver a Palomo hace un movimiento de extrañeza.)

SOL (Aparte.) ¡Ah! No está solo.

PABLO (Aparte a Palomo.) La diputada. (Presentándole.) Mi amigo Cándido Palomo. Doña Sol Entrambasaguas de Lafuente.

PAL. Tengo una verdadera satisfacción...

SOL La satisfacción es mía.

PABLO Con su permiso, voy a acompañarle hasta la puerta.

SOL. Por mí no se vaya usted.

PABLO No, si es que tiene que ir a la prevención, digo a la Dirección de Agricultura, a pedir unos datos que necesito para su esposo... Anda, que se te hace tarde.

PAL. A los piés de usted.

SOL Beso a usted la mano. (Hacen mutis por el foro para volver nuevamente Gavilán.) Sí, este es el momento. Todo antes que la caída. Una Entrambasaguas, no puede enturbiar su apellido. Gavilán debe irse de esta casa y se irá. Se lo pediré, se lo suplicaré. Sí, porque si sigue, si le veo, si me habla, me va a suceder lo que a la señorita Inés de Ulloa, que «en poder mío, resistirle no está ya». Y voy a ir a él, qué digo sorbida, succionada... ¡Aquí está! Sol, olvida las emociones agradables de que te habla Echaochogotas y pórtate como lo que eres: una mujer digna.

PABLO (Entrando y registrándose los bolsillos.) ¿Pero dónde diablos habré metido los apuntes del dichoso discurso?

SOL (Suspirando.) ¡Ay!

PABLO ¿Cómo? ¿Se siente usted mala? ¿Quiere usted que llame a Fabio?

SOL No, no es necesario: es que hoy tengo un desvencijamiento nervioso... (Sentándose.) Hágame el favor de sentarse, Gavilán.

PABLO (Obedeciendo.) Con mucho gusto. (Aparte.) ¿Qué se le habrá ocurrido a esta histérica?

SOL Gavilán, yo ni cabalgo en el Pegaso de la fantasía, ni tengo nada de prestidigitadora, vulgo ilusionista; no. Yo me hago cargo de las cosas y sé que, como mujer, no estoy precisamente en el crepúsculo matutino, más bien toco el vespertino.

PABLO Doña Sol...

SOL No, no me interrumpa usted. Estoy en mi atardecer.

PABLO Exacto. Está usted atardeciendo; pero has-

ta que se haga de noche, le falta un rato largo.

SOL (Agradeciéndoselo con la mirada.) ¿Usted lo cree así?

PABLO Yo y todos los que la miren.

SOL (Suspirando.) ¡Ay! (Reponiéndose.) Pues bien; es necesario que yo le dé a usted una explicación.

PABLO (Extrañado.) ¿A mí? ¿Una explicación?

SOL Sí, a usted. Yo he jurado fidelidad y obediencia a mi esposo, a Fabio Lafuente, y hasta hoy he cumplido fielmente mi juramento.

PABLO Muy bien. (Aparte.) ¿A qué vendrá esto?

SOL Si mi esposo me faltase, entonces, yo sin vacilar le aplicaría la ley del Talión: al engaño con el engaño; pero Fabio no tiene más que un cariño, el mío; y un subcariño, el de Medinilla.

PABLO ¡Su distrito!

SOL Su distrito, sí. Y si viera usted, Gavilán, que es una cosa muy parecida a una amante. El esposo que cae en las redes de un acta, es un hombre perdido para su casa; el distrito le exige todo: su tiempo, su inteligencia, su dinero, hasta su cariño; el distrito le quiere, el distrito le mima... ¡Todo lo que haría una amante! Y cuando llegan nuevas elecciones y surge otro con más influencia y más dinero, el distrito se la pega con el otro. ¡Todo lo que haría una amante!

PABLO ¡Caramba, doña Sol, está usted *Chopenjaueresca!*

SOL Estoy que me sumerjo en un Mediterráneo de tristezas: por un lado mis nervios, por otro la indiferencia de mi marido, que entregado nada más que a la política, me abandona, me olvida; y cuando quiere preguntarme algo dice que me va a interpelar. En fin, hasta en la cámara nupcial no me habla más que de sindicatos y votaciones nominales. La otra noche, en sueños, me tomó por el Ministro de Abastecimientos y me puso como un trapo.

PABLO ¿Será posible?

SOL Lo es. Por eso, amigo Gavilán, debe usted irse en seguida de esta casa.

PABLO ¿Que me vaya?

SOL — Pero, ¿no lo ha comprendido usted todavía?

PABLO — Confieso que...

SOL — Usted, con esa leyenda amorosa, con ese cartel de amador triunfante y, ¿por qué no decirlo?, con esa simpatía que atropella, es el abismo que tengo abierto a mis piés. Lleve su pensamiénto a las alturas y me comprenderá. Sí, Gavilán, remóntese, deje de pensar en lo terrenal y verá cómo tengo razón al exigirle que se vaya de esta casa. ¡Aparto la estopa del fuego, oculto el agua al sediento!...

PABLO — Pero, señora...

SOL — Sé que para usted es un sacrificio, un gran sacrificio; pero en la vida es necesario saber sacrificarse. Ahí tiene usted a Abrahám, el cananeo, encendiendo la pira, y a Guzmán el buenísimo, tirando el cuchillo.

PABLO — ¿De modo que todas esas explicaciones y todas esas citas históricas son para decirme: «Gavilán, ahueque el ala?»

SOL — Sí, Gavilán, yo juré a mi esposo fidelidad y quiero y debo cumplírsela.

PABLO — Está bien, me iré. (Aparte.) Precisamente me da la solución; yo no sabía cómo dejar a Fabio.

SOL — (Aparte.) ¡Le he debido dar una puñalada en el corazón! ¡Ay, si mi marido me fuese infiel! Su deslealtad nos podría hacer felices a los dos. (Alto.) ¡Gavilán!

PABLO — ¿Señora?

SOL — ¿Vivirá en usted mi recuerdo?

PABLO — Vivirá.

SOL — ¿Morirá este mal rato que le he dado?

PABLO — Morirá.

SOL — Ya nunca más nos volveremos a ver. Adiós.

PABLO — A Dios, (Aparte.) gracias. ¿Me permite usted que le bese la mano?

SOL — ¡Ah, sí! (Le besa la mano. Haciendo mutis.) Esta mano no me faltará nunca.

PABLO — Esta acaba, no con una camisa de fuerza, sino con toda la ropa interior. ¡Pobre doña Sol! La verdad es que eso de la neurastenia tiene algo de ridículo. ¡En fin, como de todas maneras me pensaba ir...!

(Sale por la segunda derecha FABIO.)

FABIO — ¡Hombre, gracias a Dios! Precisamente te esperaba con ansiedad para preguntarte si

te parece que haga hoy en el Congreso la pregunta acerca de las cerillas. Es muy conveniente que se haga luz en este asunto. Cada vez son más malas y más escasas; no hay quien haga carrera de ellas.

PABLO Porque tienen muy mala cabeza: las antiguas ardían mejor.

FABIO ¡Ah, los monopolios!

PABLO Yo creo que hasta que explanes tu interpelación acerca de las subsistencias no debes decir ni pío. ¡Ahí sí que vas a tener un triunfo.

FABIO ¿Tú crees?...

PABLO ¡Enorme! ¡Pues no es nada! ¡Las subsistencias! Si es una cosa que está en el aire, que se masca.

FABIO Sí, sí, llevas razón. ¿Y los apuntes, los datos y parte del discurso que me hiciste?

PABLO Debes tenerlos tú, porque yo...

FABIO Me parece que te quedaste con ellos para continuarme el discurso.

PABLO (Registrándose.) Sí, eso creía, pero... debes tenerlos tú.

FABIO Te digo que estás equivocado. Sentiría que se hubiesen perdido; porque me gustaba cómo lo habías embocado, aparte de la riqueza de datos.

PABLO ¡Ah, eso sí! ¿Has mirado bien si entre estos papeles...?

FABIO Puedo asegurarte que aquí no están.

PABLO ¿Y entre los papeles de tu gabinete?

FABIO Voy a ver, pero casi tengo la seguridad de que te los llevaste tú.... (Entra segunda derecha.)

PABLO El caso es que yo recuerdo... Sí, sí, éste lleva razón... las notas me las llevé yo... Pero, Señor, ¿dónde me las habré metido?

ELEUT. (Por el foro.) Este señor, (Dando una tarjeta.) desea hablar con el señor Diputado.

PABLO (Leyendo la tarjeta.) «Aquilino Pachón.» ¡Atiza! ¡Este es el Inspector de policía de anoche!

ELEUT. Dice que viene a traer unos apuntes que el señor Diputado perdió anoche en la Comisaría.

PABLO ¡Acabáramos! Esto es que se me cayeron y claro, como están escritos en papel con el membrete de este: «Fabio Lafuente, Diputado a Cortes por Medinilla.»

FABIO (Saliendo.) Nada, que no están... (A Eleuteria.) ¡Eh! ¿Qué haces tú aquí?

PABLO Ha venido a anunciar a este señor. (Le enseña la tarjeta.)

FABIO (Leyendo.) «Aquilino Pachón». No le conozco.

PABLO (Aparte a Fabio.) Pregunta por mí ¿sabes? Es un acreedor.

FABIO ¿Pero cuándo vas a entrar en el buen camino? ¿Qué necesidad tienes de tener acreedores?

PABLO Llevas razón; pero... voy a hablar con él, en el recibimiento mismo...

FABIO No; ¿para qué? Que pase aquí, mientras me visto yo; pero despacha pronto, porque tenemos que ver eso del discurso. Decididamente yo no lo tengo.

PABLO (A Eleuteria.) Que pase. (A Fabio.) Ya, ya creo que sé donde están.

FABIO ¿Ah, sí? Me das una alegría, porque me gustaba como lo habías embocado y sobre todo la riqueza de datos .. En seguida salgo. (Mutis primera derecha.)

PABLO (Respirando.) ¡Menos mal!

AQUIL. (Entrando.) ¡Señor Diputado!

PABLO ¡Chist! Hágame usted el favor de no llamarme aquí señor Diputado; usted comprenderá que en casa...

AQUIL. La criada me ha dicho que usted lo tiene mandado.

PABLO ¡Es una bestia!

AQUIL. Ya me parecía a mí... Pues bien, don Fabio...

PABLO ¡Chist! Hable usted más bajo.

AQUIL. ¿Tiene usted algún enfermo?

PABLO Sí.

AQUIL. ¿Su señora, tal vez?

PABLO Mi señora.

AQUIL. ¡Pobre! ¡Tan simpática!

PABLO ¿Pero usted la conoce?

AQUIL. ¡Pues claro! ¿No estaba con usted anoche cuando el incidente?

PABLO (Aparte.) Atiza: cree que Julia, *La Hebrea*, es mi mujer, digo la mujer de Fabio.

AQUIL. ¿Y qué tiene? Tal vez una excitación nerviosa por el escándalo...

PABLO Sí, sí, una excitación, pero muy grande, de primera.

AQUIL. ¿Será pasajera?

PABLO Pasajera, pero de primera. Cada cinco minutos le dan unas convulsiones que hay que atarla.

AQUIL. ¡Qué dolor! ¡Tan simpática! (Pausa breve.) Aquí tiene usted las notas que perdió anoche en la Comisaría.

PABLO Muchísimas gracias.

AQUIL. Ya veo que se prepara usted para darle la batalla al Ministro de Abastecimientos. Duro, don Fabio, duro, que está todo que no se puede comer; que usted no sabe cómo está la Plaza. Duro, sí señor, duro, que usted no sabe como está el pan.

PABLO Duro, sí señor; no descansaré hasta que todo se abarate.

AQUIL. El país se lo agradecerá.

PABLO (Despidiéndole.) Pues usted no sabe lo que le agradezco... y excuso decirle que ha tomado posesión de su casa.

AQUIL. Muy honrado; pero mire usted lo que son las cosas, si no le hubiese conocido anoche, hoy o mañana, necesariamente, hubiese tenido el gusto de conocerle.

PABLO ¿No comprendo?...

AQUIL. Estoy encargado cerca de usted de una misión sumamente reservada.

PABLO (Aparte.) ¡Atiza, esto se alarga y va a salir Fabio!... (Alto.) ¿De modo que una misión sumamente reservada?

AQUIL. Sí, sí señor.

PABLO Pues yo siento mucho no poder atenderle a usted... Tengo que ir al Parlamento... Así es que... si tiene algo reservado que decirme puede escribirme una tarjeta postal... o ya le citaré yo día...

AQUIL. La cosa es urgente, porque se trata de su secretario.

PABLO ¡Eh! ¿Cómo?

AQUIL. Sí, señor, de don Pablo Gavilán.

PABLO (Sin poder contenerse.) ¿De mí?... ¿De mi... secretario? Hable usted.

AQUIL. Sentiría retenerle.

PABLO Siéntese y hable.

AQUIL. Con su permiso: Se trata de adquirir algunos informes acerca de su conducta.

PABLO ¡Ah, pues no ha podido usted elegir mejor persona que yo!

AQUIL. Así lo he creído. ¿Usted sabrá, seguramente, que Gavilán va a casarse?

PABLO Con una joven salmantina... Gavilán no tiene secretos para mí.

AQUIL. Pues bien, la joven esa, es hija de uno de mis mejores amigos; casi estoy por decir, del mejor.

PABLO ¡Hola! ¿De modo que don Bernardino Cabezón y usted...?

AQUIL. Intimos, sí señor. No nos vemos hace veinte años, porque como él se empeña en no salir de Salamanca y yo no puedo abandonar la Corte...; pero me ha escrito hace unos días, rogándome que me informase de la conducta del que va a ser su yerno. Ni él ni su hija le conocen, porque ya sabrá usted...

PABLO Sí, es un matrimonio impuesto; mejor dicho arreglado por la tía de mi Secretario.

AQUIL. La muchacha es una monada.

PABLO ¿Sí, eh?

AQUIL. El padre está loco con el estudio de la frenología; pero es una bellísima persona.

PABLO Entonces va á ser un matrimonio feliz, porque Gavilán es una bellísima persona.

AQUIL. Usted lo cree así.

PABLO Si usted estuviera en mi lugar lo creería lo mismo. Mi conducta, digo, su conducta, es ejemplar.

AQUIL. (Sacando un block de cuartillas pequeñas y un lápiz.) ¿Me permitirá usted que tome algunos detalles?

PABLO No faltaba más.

AQUIL. (Escribiendo.) Conducta ejemplar... ¿No se le conoce ningún trapicheo?

PABLO ¿Trapicheos él? Jamás.

AQUIL. ¿Y deudas? ¿Se le conocen deudas?

PABLO ¡Qué se le van a conocer!

AQUIL. Admirable. (Escribe.)

PABLO Y añada usted que es de una inteligencia superior; espiritual sin ostentación; (Pachón escribe de prisa.) bueno, sin ser débil; llano con los inferiores; amable, galante, generoso...

AQUIL. Por Dios, don Fabio, que no está usted en el Congreso, ni yo sé taquigrafía.

PABLO Sí, es verdad.

AQUIL. Ya veo que la hija de mi amigo cae en buenas manos. Y doy a usted un millón de gra-

cias por los informes que me ha proporcionado.

PABLO El que le da las gracias a usted, por habérmelos pedido, soy yo.

AQUIL. ¿A quién mejor?

PABLO ¡Claro!

AQUIL. ¿No ve usted que por algo soy de la policía?

PABLO No tiene usted que jurarlo.

AQUIL. (Despidiéndose.) Señor don Fabio.

PABLO Mi querido Pachón.

AQUIL. Agradecidísimo e incondicional. (Hace mutis por el foro.)

PABLO Vaya usted con Dios. Bueno, si con los informes que le he dado, no se vuelve loco de alegría el frenólogo ese, no sé a que espera. (Sale FABÍO ya vestido.)

FABIO ¿Despachaste al acreedor?

PABLO Sí, ya se fué.

FABIO ¿Qué hay de las notas?

PABLO Aquí las tienes; no te preocupes.

FABIO (Sentándose junto a la mesa.) A ver, a ver.

PABLO Te advierto que vas a quedar estupendamente bien, y si sobreviene una modificación ministerial, te ofrecen seguramente la cartera de Abastos.

FABIO (Emocionado.) ¿Tú crees?

PABLO Como que vas documentado, que asusta. Fíjate; estas dos columnas detallan los diferentes precios que han tenido las judías desde la dominación árabe a nuestro siglo; mejor dicho desde Almanzor de Toledo a Sánchez de Toca. ¿Eh? lee y compara.

FABIO ¡Qué barbaridad! ¡qué alza!

PABLO Asusta ver lo baratas que pagaban los moros las judías.

FABIO ¿Y estas otras dos columnas?

PABLO Garbanzos. También te arrastro los garbanzos desde Felipe el Hermoso a nuestros días.

FABIO Y también la proporción en el alza es aterradora. ¿Y estas columnas qué son?

PABLO Estas son lentejas, si las quieres las repasas y si no las dejas, porque no vas a tener tiempo.

FABIO Y de la patata, ¿no hay aquí nada? Ya sabes que es lo que más preocupa.

PABLO Hombre, la verdad; como te he aglomerado tantas cosas no me ha parecido prudente meterte la patata también. Verduras y hor-

talizas, deben ser objeto de un segundo discurso, como la carne, de un tercero. Y apropósito de la carne: aquí tienes también datos comparativos. Estas hojas sueltas llevan los precios a que se han cotizado las diferentes clases de carne. Tapa, babilla, cadera, etcétera, etc. (Leyendo y dándole las hojas.) Ahí tienes precios de la falda. Toma morcillo, toma cadera...

FABIO — Bien, bien; déjamelos para que los estudie detenidamente.. Cuando se va documentado da gusto hablar. ¡Qué cosas se le ocurren a uno!... Bueno, me tienes que hacer el discurso.

PABLO — También lo tengo ya empezado, y esta noche te lo acabaré.

FABIO — Fíjate que me lo tengo que estudiar, y aunque a Dios gracias, tengo una retentiva prodigiosa, en este asunto quiero asombrar a los Ministros.

PABLO — Van a creer que has nacido en la Plaza de los Mostenses. Bueno, yo voy a un asunto... (Aparte.) Tengo que arreglar lo de Julia *La Hebrea* hoy mismo; no sé si escribirle o ir a verla... (A Fabio.) Nos veremos luego, ¿verdad?

FABIO — Y tanto, como que si no vienes, me pasaré por tu casa.

PABLO — Estate tranquilo, que te acabaré el discurso... Adiós. (Mutis por el foro.)

FABIO — (Hojeando las notas.) Sí, aquí está el comienzo. (Leyendo.) Señores diputados: el asunto que va a distraer vuestra atención, preocupa hoy a todos los gobiernos de Europa. El precio de las subsistencias es tan aterrador, que de seguir el alza, España será dentro de poco, un país de anémicos, de cloróticos, de caquéxicos. (Siguiendo en el mismo tono.) Bebe agua aquí. ¿Eh? ¡Ah! Es que me marca que beba agua. (Continuando.) Por eso me congratulo ver en la cámara, al jefe de las izquierdas, el insigne estadista don Policarpo March, y en representación de las derechas al ilustre tribuno don Heliodoro Pons. Dos tendencias opuestas, pero respetables y hoy necesarias: derecha, Pons; izquierda, March.

ELEUT. — (Interrumpiendo.) Señor diputado.

FABIO — ¿Qué pasa?

ELEUT. Un señor, acompañado de una joven desean verle; me han dado esta tarjeta.

FABIO (Cogiéndola y leyéndola.) ¿A ver?... Bernardino Cabezón. ¿Qué tipo tiene?

ELEUT. Huele a provinciano que atufa.

FABIO ¿Provinciano?

ELEUT. Y hasta me parece algo ordinario y ridículo.

FABIO ¿Ridículo, dices? Debe ser un elector mío con su familia. Todos mis electores son muy ordinarios. Que pasen.

ELEUT. Está bien.

FABIO ¡Ah, oye! En seguida me traes un vaso de agua con azucarillo. ¿Dices que es provinciano, verdad?

ELEUT. Para mí que es un cacique de esos que mangonean...

FABIO Sí, sí; anda, no le hagas esperar. (Eleuteria hace mutis.) ¡Un elector influyente! ¿Dónde estará el plano del ferrocarril que tengo formalmente ofrecido en mi programa? (Busca en los cajones y saca un plano.) Aquí está. (Lo extiende sobre la mesa.) Cada vez que viene a verme un elector, extiendo el plano y figuro estar muy ocupado estudiándolo.

(Entran por el foro BERNARDINO CABEZÓN y VIRGINIA.)

BER. ¿Se puede?

FABIO Adelante.

BER. Señor diputado...

FABIO Nada de diputado. No me llame usted diputado.

BER. La criada nos lo ha dicho...

FABIO ¿La criada? (Aparte.) ¡Es un caballo! (Alto.) Llámeme usted por mi nombre o por mi apellido, como quiera. Pero antes háganme el obsequio de sentarse.

VIRG. Muchas gracias. (Se sientan.)

FABIO ¿Y qué, mi querido Cabezón, qué tal le va a usted?

BER. (Sorprendido.) Muy bien.

VIRG. (Aparte a su padre.) ¿Pero os conocíais?

BER. En mi vida le he visto. Como no sea que tu futuro, el señor Gavilán, le haya hablado de nosotros.

VIRG. Sí, eso debe ser.

BER. (Levantándose.) Permítame usted, señor don Fabio, que le presente a Virginia Cabezón, primero y único fruto que me dió la compa-

ñera de mis días, que hoy hace seis años, dos meses y veintiún días, duerme el sueño de los bienaventurados.

FABIO Tanto gusto en lo que respecta a su hija y tanta pena en lo que respecta a su señora. Siéntense.

VIRG. (Bajo, a su padre.) Pero, ¿y Pablo, y mi prometido?

BER. (Idem.) No te impacientes; primero es lo otro. (Levantándose.) Señor don Fabio: recién llegados a esta urbe mi hija y yo, procedentes de...

FABIO (Interrumpiéndole.) Sí, sí... me sorprenden ustedes trabajando. ¡Ah, mi querido Cabezón! Yo me ocupo sin descanso de vuestros intereses. Hé aquí el plano del ferrocarril que formalmente le he prometido.

VIRG. (A su padre, bajo.) ¿Te va a dar un ferrocarril?

BER. (Idem.) ¡Qué sé yo!

FABIO Nunca falta de mi mesa. En cuanto al ramal que también me tiene pedido y que tanta falta le hace...

VIRG. (Bajo, a su padre.) ¿Pero a ti te hace falta un ramal?

BER. (Idem.) ¡A mí!

FABIO Si podemos lograr que enlace con la carretera real, se hará en seguida.

VIRG. (Bajo, a su padre.) ¿Pero de qué carretera habla?

BER. (Idem.) No sé. Espérate. (Levantándose nuevamente.) Señor don Fabio: recién llegados a esta urbe mi hija y yo, procedentes...

FABIO (Sin dejarle continuar, alargándole la caja de cigarros puros.) Un puro; tome usted un cigarro.

BER. No fumo.

FABIO No importa; para los amigos de allá; los buenos electores...

BER. Bueno... (Toma dos.)

FABIO ¿Nada más que dos? Tome usted otro...

BER. Si usted se empeña... (Toma otro.)

FABIO ¿Y qué tal el campo este año?

BER. ¿El campo? Bien.

FABIO ¿Cómo se da la patata?

BER. ¿La patata?

FABIO Sí. ¿Cómo se da?

BER. Pues se da unas veces frita, otras guisada...

FABIO ¿Y el trigo? ¿Y la avena? ¿Y los labradores, qué dicen?

BER. (Levantándose.) Señor don Fabio: recién llegados a esta urbe mi hija y yo, procedentes...

FABIO (Interrumpiéndole.) ¿Y el Gobernador? ¿Están ustedes contentos con el nuevo Gobernador? Su señora es demasiado gruesa, ¿verdad?... Y apropósito de esto: ¿cuántas vacas tiene usted? ¿Hay abundancia de pastos?

BER. Hay...

VIRG. (Bajo, a su padre.) ¡Ay qué lío, papá!

FABIO ¿Usted es agricultor?

BER. Yo soy profesor de Frenología comparada de la Universidad de Salamanca.

(Aparece ELEUTERIA con la bandeja con vasos y azucarillos.)

FABIO (Levantándose furioso.) ¿Cómo? ¿Usted no es de Medinilla?

BER. No, señor. (Se levanta, imitándole Virginia.)

FABIO (A Eleuteria.) Llévate eso.

ELEUT. Ofrezco a los... (Por Bernardino y Virginia.)

FABIO No.

ELEUT. (Haciendo mutis.) No deben ser electores.

FABIO Llevan ustedes más de diez minutos y aún no me han dicho a qué obedece su visita.

BERN. Si no me ha dejado usted hablar.

VIRG. ¿Pero Pablo no le ha hablado de nosotros?

FABIO ¿Pablo?

BERN. Pablo Gavilán, su secretario.

VIRG. El que va a ser mi esposo.

FABIO ¡Cómo! ¿Se va a casar? Es la primera noticia que tengo. Y yo que le había tomado a usted por un elector de Medinilla. Perdóneme, pero la falta es de la criada que me dijo que tenía usted un tipo ordinario y ridículo.

BERN. ¡Ah, la criada...?

FABIO ¡Es un caballo! Siéntense, tengan la bondad...

BERN. (Levantándose.) Señor don Fabio: recién llegados a esta...

FABIO (Interrumpiéndole.) ¡Cuánto va a sentir Pablo no haberse encontrado aquí..! Ah, pero yo le diré...

BERN. Yo le agradecería a usted que no le dijese nada.

FABIO ¿Cómo?

BERN. Precisamente, recién llegados—y ruego a usted que no me interrumpa—a esta corte, mi hija y yo, nuestra primera visita ha sido para usted, con el solo objeto de que nos dé

algunos informes acerca de la conducta del que va a ser mi yerno. Yo había encargado de esta misión a un antiguo amigo mío, pero he preferido hacerla personalmente. En un padre lo encontrará natural.

FABIO Natural.

BERN Va e ser mi hijo.

FABIO Natural.

BERN. Político.

FABIO Repito que lo encuentro natural. Así, pues, ¿qué desea usted saber?

BERN. Algunos detalles de su vida: ¿qué tal conducta observa?

FABIO La de todos los hombres solteros en Madrid.

BERN. ¿Me permite usted? (Saca un cuaderno, y acercándose, bajo, le pregunta.) ¿Tiene algún trapicheo?

FABIO Varios, pero el más serio es el de una tal Julia *La Hebrea*, artista muy conocida...

BERN. (Escribe.) ¿Y deudas? ¿Tiene deudas?

FABIO Debe tener infinitas, porque aquí mismo se ha permitido venir un acreedor, esta mañana, a reclamarle...

BERN. ¿Pero será trabajador?

FABIO No se quiebra, no. (Con fatuidad.) Yo le tengo dado un discurso mío para que me lo copie, y todavía no me lo ha entregado.

BERN. (Guardándose el block de las notas.) Muchísimas gracias. Y ahora, un último favor.

FABIO Usted dirá.

BERN. Que antes de irme me permita que le examine el cráneo: soy un ardiente discípulo de Gall. ¡Ah, la teoría de la ciencia del entendimiento!

FABIO Con mucho gusto. (Se sienta, y Bernardino le examina y le palpa la cabeza.)

BERN. ¡Curioso! ¡Curiosísimo!

VIRG. ¿Qué pasa, papá?

BERN. Aquí, don Fabio, tiene el mismo cráneo que Demóstenes. Sí, eso es;... aquí noto la proeminencia de la energía; aquí la del afecto.

FABIO (Con aire de triunfo.) ¡No me extraña!

BERN. Lo que no le encuentro es el bulto de la inteligencia.

FABIO (Molestado.) No lo tendría Demóstenes.

BERN. El que no lo tiene es usted.

FABIO (Levantándose y más molesto.) Eso es una suposi-

ción. ¿Cómo puede usted establecer comparaciones sin conocer el cráneo de Demóstenes?

BERN. Muy sencillo. Yo reconstituyo el cráneo de un personaje, estudiando los detalles de su existencia. Este estudio sobre los cráneos, me ha valido la presidencia honoraria de una Sociedad festiva que tiene gran arraigo en Salamanca y que se titula «Duro y a la cabeza».

FABIO Por lo visto tiene usted grandes simpatías en Salamanca.

VIRG. Muchas; mi papá es un prestigio entre los salmantinos. Y eso que ha estado cinco años lejos de nosotros.

BERN. Mis afanes por la frenología, me llevaron a la Isla de Cuba. Quería yo estudiar el cráneo de los negros y en particular el de los mulatos; recorrí toda la isla y me pasaba meses enteros en el campo, hasta que cogí un paludismo que me obligó a meterme en la cama. Y menos mal que cuando lo de la cama, me encontraba en Sábana la Grande, donde me prestaron una excelente asistencia facultativa, que si no, no lo cuento.

FABIO Pero de todos modos tiene usted arraigo entre los charros.

VIRG. Ya le he dicho a usted que le adoran.

FABIO Entonces me va usted a permitir que le dedique un retrato. (Aparte.) Quién sabe si alguna vez tengo que presentar mi candidatura por Salamanca y la amistad de un hombre así, me será muy útil. (Escribiendo en un retrato, que sacará de uno de los cajones.) «A mi buen amigo el ilustre sabio Bernardino Cabezón. De su admirador Fabio Lafuente». (Firma.) Ahí va.

BERN. Agradecidísimo.

VIRG. Está muy bien; lo que se dice hablando.

BERN. Ten en cuenta que es un diputado. ¿Qué es esto que se ve aquí a la derecha? Parece un alambique.

FABIO Es un aparato de ducha. Me retraté en mi cuarto de aseo, porque yo profeso la teoría de que todos los diputados deberían tomar una ducha antes de ir a la sesión.

VIRG. ¡Es curioso!

FABIO Curioso y tónico.

BERN. Pues no molestamos más. Repito las gracias y si se atreve usted a ir a Salamanca en la época de las vacaciones parlamentarias...

FABIO (Con alegría.) Se lo prometo.

BERN. Nosotros, en esa época, no estamos nunca... y sentiríamos no verle.

FABIO (A Eleuteria, que habrá entrado por el foro.) Acompaña a estos señores.

BERN. Servidor de usted.

FABIO Yo lo soy de ustedes. (Se pone a hojear el discurso.)

ELEUT. Por aquí.

BERN. (Mirando el retrato.) Juraría que era un alambique. (Hacen mutis. Fabio, después de hojear brevemente los apuntes que le dió Gavilán, saca el reloj y dice:)

FABIO ¡Diablo! Las doce y media y a las doce y cuarto tenía Comisión de corrección de estilo. Ya me estarán echando mala fama mis compañeros. (Se pone el sombrero y los guantes.) (Sale SOL vestida para ir a la calle; elegante pero exagerando la moda de la falda corta que, como es lógico, a su edad la hace bastante ridícula.)

SOL (Al ver a Fabio en disposición de irse.) ¿Pero qué es eso? ¿Te vas?

FABIO Sí, tengo Comisión de corrección de estilo a las doce y cuarto.

SOL Y yo que pensaba que me acompañases a hacer unas visitas.

FABIO No puedo; ¿y el estilo?

SOL Anoche tampoco pudiste.

FABIO Tuve sesión nocturna. Hay necesidad de aprobar los presupuestos. Un padre de la patria no se pertenece.

SOL Fabio, esa paternidad, va a traer serios disgustos entre nosotros. Me tienes olvidada, sola y ya sabes que una mujer sola, está siempre expuesta...

FABIO ¿A qué?

SOL Fabio, recuerda al clásico que dijo: «Dulce y sabrosa como la fruta del cercado ajeno.»

FABIO Sí, pero en este caso, es dulce y madura.

SOL Así no hace daño.

FABIO ¿Y qué me quieres decir con eso?

SOL Quiero decirte que, aunque mi fidelidad es inquebrantable, tal pudiera ser tu desvío...

FABIO No digas locuras: hoy estás peor que nunca de los nervios... Vaya, hasta luego.

SOL. Está bien, vete: saldré yo sola.

FABIO. Si a la hora de comer no estoy aquí, no me esperes.

SOL. Está bien, comeré yo sola.

FABIO. ¿Y qué quieres, hija? Si no tengo tiempo ni de dormir.

SOL. Está bien, dormiré yo sola.

FABIO. Vaya, hasta luego. (Hace mutis por el foro.)

SOL. (Con amargura.) Aprende, Sol; fíjate en la soledad que te deja, lo que tú más odias, ¡la soledad! y sin embargo te deja sola, ¡sola, sí, sola, Sol! Y luego quieren que estés alegre, que cantes... ¡Ay, soledad, soledad!...

ELEUT. (Entrando por el foro.) Señora.

SOL. ¿Qué hay?

ELEUT. Un Guardia de Seguridad desea ver al señor diputado.

SOL. ¿Le has dicho que no estaba?

ELEUT. Sí, señora; pero me ha dicho: «No me lo niegue usted que es muy interesante y de aquí no me muevo sin verlo.»

SOL. ¿Qué será? Hazle pasar.

ELEUT. ¿Va a tomar la señora la kola? Es la hora que le toca.

SOL. Sí, tráemela. La tomaré antes de salir. (Eleuteria hace mutis.) ¡Un guardia! ¡Y con esa urgencia! Será para que se encargue del Gobierno civil. Fabio me tiene dicho que está para caer en el Gobierno o en el Ayuntamiento. A mí me gustaría más el Ayuntamiento. Así no pagaríamos el inquilinato.

(Entra por el foro un GUARDIA DE SEGURIDAD.)

GUAR. (Desde el foro.) ¿El señor diputado?

SOL. El señor diputado, no está.

GUAR. Yo ruego a la señora que no me lo niegue, porque no vengo a molestarle; al contrario, vengo a presentarle mis excusas por lo de anoche.

SOL. ¿Lo de anoche?

GUAR. Un incidente que le ocurrió con su señora...

SOL. ¿Cómo?

GUAR. Sí, en la puerta del Ideal Rosales, de donde salían de cenar.

SOL. ¿Pero don Fabio Lafuente cenó anoche con su... con su señora en el Ideal Rosales?

GUAR. Pobre señora, qué disgusto se llevó; porque claro, yo, ignorante de las personas de que se trataba, los llevé a la Comisaría.

SOL ¿A la Comisaría?

GUAR. No me lo perdonaré nunca; pero el escándalo que se movió entre el cochero y ellos, fué terrible.

SOL ¡De modo que cenando con su señora! (Aparte.) Estas son las sesiones nocturnas. Estos son los presupuestos y eso del estilo, será por el estilo.

GUAR. Así es que yo le ruego... Si estuviese la señora también quisiera que me perdonase. ¡Pobre señora! Como se abrazaba a él diciéndole: «No te pierdas, vida mía.» «Ten calma, pichoncito.»

SOL ¡Pichón! ¡Le llamaba pichón! Ahora es cuando necesito a Gavilán. ¡La pena del Talión! ¡Diente por diente! El rompe la fidelidad, yo la romperé también. Sí, Gavilán, sí; tus garras me esperan. (Poniéndose el sombrero.)

GUAR. (Aparte.) ¿Qué es lo que monologueará? La verdad es que aquí me siento más corto que el vestido de esa señora.

SOL Mi bolsillo. Corro a verle antes que abandone la Corte.

GUAR. ¿De modo que no hay manera de ver al señor diputado?

SOL Ya le he dicho a usted que no.

GUAR. ¿Es usted su suegra?

SOL ¿Su suegra? ¡Insolente! (Le da un bofetón.) Soy su esposa. (Se dirige al foro y hace mutis.)

GUAR. (Llevándose la mano al carrillo.) ¡Su esposa! Ahora es cuando lo he concluído de arreglar.

ELEUT. (Saliendo con la bandeja con el vaso y el frasco de la kola.) Señora, la kola, la kola.

GUAR. ¡Qué cola! ¡Si es una tobillera! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa de Pablo Gavilán, amueblado con relativa modestia. Puerta al foro y otras a la derecha e izquierda; junto a la puerta del foro y a la derecha, un estante con juguetes, bibelots, etc. En el costado izquierda, chimenea, sobre ella un reloj y floreros. Costado derecha, mesa de escritorio con tintero, papel y un timbre.

—

(Al levantarse el telón, PABLO GAVILAN está sentado en una silla junto a la mesa, dando cara al público. BROCHILLA, oficial de barbero, le está afeitando.)

BROCH. ¿Conque a Salamanca?

PABLO Sí, mi querido y rasurante amigo, a Salamanca.

BROCH. Se va usted a aburrir de lo lindo.

PABLO Te equivocas. En Salamanca hay mucho que ver y mucho que comer. De un lado la Catedral, de otro el embutido... y luego los aires, que son sanísimos. ¡Qué aire!... Ten cuidado con ese remolino, que siempre me dejas la mar de pelos.

BROCH. No tenga usted cuidado. ¿De modo que no conoce usted a la que va a ser su mujer?

PABLO No tengo de ella ni la menor idea; ahora, que como no sea un galápago, yo me caso.

BROCH. Claro, usted con quien se casa es con la herencia de su tía.

PABLO Has puesto el dedo en la lesión, querido Brochilla.

BROCH. ¿Tanto dinero tiene?

PABLO Mucho. Seis u ocho dehesas, ganado bovino, ganado lanar, y si es de cerda... el año pasado se juntó con mil y pico de cochinos...

Ahora que no sé qué trastada le hicieron... ¡Claro, por juntarse con tanto cochino!

BROCH. ¿Y esa fortuna, la ha hecho ella o es heredada?

PABLO Parte y parte. Su esposo tenía algo, pero era una bala perdida. Bien la corrió, bien; a su muerte le dejó ocho mil pies de olivo.

BROCH. ¡Ocho mil piés!

PABLO Y si no hubiese corrido tanto, le deja muchos más piés, porque tenía dieciseis mil; pero un día le hicieron falta unas pesetas y dijo «piés para qué os quiero», y vendió la mitad.

BROCH. ¿Y tardará usted mucho en coger los cuartos?...

PABLO Hombre, bien pensado, no debe tardarse; porque lo mismo mi tía que su cuñada, únicas supervivientes familiares, son lo que se dice unas ruinas.

BROCH. (Que va a peinarlo, lo dice por los frascos.) ¿De Pompeya o de violeta?

PABLO Ponme violeta, que es más suave. (Llamando.) ¡Martirio!.. ¡Martirio!... ¡Que si quieres!

BROCH. ¿Llama usted a la criada?

PABLO Es a la chica de la portera, que me hace las veces de fámula; pero con eso de que está su madre mala, me deja abandonada la casa..

BROCH. (Quitándole el paño.) Servidor de usted, don Pablo.

PABLO Hágame el favor, ahora al salir, de decirle que suba, que tiene que hacerme un encargo urgente.

BROCH. Descuide usted.

(Hace mutis al mismo tiempo que aparece por el foro CANDIDO PALOMO.)

PAL. ¿Pero este es el puesto de arrebata capas? La puerta de par en par...

PABLO Sí, hijo, sí; esa Martirio que es de lo más animal que se conoce... Bueno, ¿qué, viste al cochero?

PAL. Vilo.

PABLO ¿Tomó el billete de cincuenta pesetas?

PAL. Tomólo.

PABLO Cuenta, cuenta.

PAL. Pues nada, que le he dado las cincuenta pesetas al cochero. ¡Qué carrera! De la Delegación a la Ronda de Segovia... Ya me lo puedes agradecer.

PABLO Gracias, Palomo... ¡Ah! Se me olvidaba decirte.. ¿A que no adivinas quién se ha presentado en casa de Fabio? ¡Aquilino Pachón!

PAL. ¿El inspector que?...

PABLO El mismo que viste y lleva bastón de borlas.

PAL. ¿Y a qué ha ido?

PABLO A llevarme las notas, etcétera, etcétera, del discurso que le estaba preparando a Fabio y que anoche perdí en la Comisaría; pero lo más chusco, es que me sigue tomando por el diputado.

PAL. ¿Pero por qué no le dijiste que anoche por salir del paso, te pusiste una investidura que no?..

PABLO En seguida le confieso yo a la autoridad el engaño. Después de todo, me marcho mañana a Salamanca... y ya te avisaré para que asistas a mi boda.

PAL. ¿Arreglaste lo de Julia?

PABLO Luego la escribiré. De palabra no me atrevo! (Por el foro aparece MARTIRIO.)

MART. ¿Me llama el señorito?

PABLO Te llamo y no vienes...

MART. Es que como mi madre está la pobre que me paece a mí que.. (Se echa a llorar.)

PABLO Vamos, cálmate, mujer.

PAL. ¿Qué es lo que tiene?

MART. Pues un desgano que se pasa la metá de los días con tres o cuatro huevos crudos y un tazón de café con leche, y a la noche pus ná más que un filete y otro tazón de chocolate, y si acaso una ruea de merluza; pero no crean ustés, que nos cuesta Dios y ayuda hacérselo tomar. Así es que a mí me parece que se va. (Vuelve a romper a llorar.) Se va, se va...

PABLO Se va a poner más gorda. Bueno, mira: llégate ahí, al continental de enfrente, y que lleven esta carta en seguida. Ahí tienes para el servicio y para que le des al chico una propina.

MART. Está bien... (Medio mutis.) ¡Ah! Un señor desea ver al señor.

PABLO ¿Quién es?

MART. Dice que no le conoce el señor, pero que trae una visita para el señor.

PABLO ¿Quién será?

PAL. ¡Señor, que pase y así sale de dudas!

PABLO Que pase. (*Hace mutis Martirio. Por el foro aparece* AQUILINO PACHON.) El caso es que yo tenía que acabarle el discurso a Fabio, pues estoy viendo que va a venir a buscarme...

AQUIL. ¿Hay permiso?

PABLO (*Estupefacto.*) ¡Pachón!

AQUIL. (*Avanzando.*) Puesto que tengo la fortuna, señor don Fabio, de encontrarle aquí, le ruego me presente a su secretario, el señor Gavilán. (*Señalando a Palomo.*)

PAL. (*Aparte a Gavilán.*) ¿Qué dice?

PABLO (*Idem.*) Te ha tomado por mí. (*Alto.*) Pues bien, el señor don Pablo Gavilán, don Aquilino Pachón.

AQUIL. (*Tendiéndole la mano.*) Mucho gusto en conocerle. Precisamente el señor diputado me ha dado informes de usted excelentes.

PAL. ¿Sí, eh?

AQUIL. A usted no le extrañará que yo los haya solicitado porque soy íntimo amigo de Cabezón.

PAL. (*Bajo a Gavilán.*) ¿De Cabezón?

PABLO (*Idem.*) Sí, hombre; tu futuro suegro.

PAL. ¿Mi futuro?

PABLO Bueno, el mío, imbécil.

PAL. ¡Ah! (*Alto a Pachón.*) ¿De modo que usted es el amigo de su futuro imbécil, digo de mi futuro suegro?

AQUIL. Sí, señor; Bernardino me escribió interesándome que recogiese algunos datos acerca de la vida de usted y yo, como hombre perspicaz, me dirigí a don Fabio Lafuente, que por cierto me los ha dado excelentísimos.

PAL. (*Riendo.*) ¡Ya lo creo!

PABLO (*Bajo a Palomo.*) Tú, no lo eches a perder.

AQUIL. (*Sacando el libro de notas.*) Aquí los llevo y no los leo por no herir su modestia.

PABLO Sí, sí, nada de herir.

AQUIL. Virginia va a ser muy feliz con usted.

PAL. ¿Virginia?

PABLO (*Bajo.*) Sí, tu novia, digo la mía.

AQUIL. Ella también es una muchacha laboriosa e instruída; posee tres lenguas, sin contar la suya.

PAL. ¿Cómo?

AQUIL. Quiero decir que, aparte el castellano, habla el francés, el inglés y el checoeslavo.

MART. (Desde el foro anunciando.) Don Fabio Lafuente.
PABLO (Aterrado.) Que pase, digo que no, digo que... ¡Qué espanto!
AQUIL. (A Gavilán.) ¿Don Fabio Lafuente? ¿Es acaso un pariente lejano?
PABLO Cercano... un tío... hermano de mi padre.
AQUIL. ¡Ah, vamos! ¿Y se llama Fabio también?
PABLO Sí, él Fabio, yo Fabio, y estos Fabio... ¡Oh dolor! (Viendo entrar a Fabio dirigiéndose a él y llevándoselo aparte cerca de la mesa.) ¿A qué te has molestado en venir?
FABIO No es molestia. Iba para el Congreso y me dije: «voy a ver cómo lleva el discurso.» Sabes que tengo anunciada la interpelación y...
PABLO No te preocupes, hombre, que hoy te lo acabo.
FABIO Mientras tengas visitas...
PABLO No, si es que hablaba aquí con Palomo, cuando llegó el señor Pachón...
FABIO ¡Pachón! ¿Usted es el que estuvo esta mañana...?
AQUIL. En casa de su sobrino, sí señor.
FABIO (A Gavilán.) ¿Cómo de mi sobrino?
(Pablo, procura distraer a Pachón.)
PABLO Te diré; es que antes estuvo en casa de un hermano de mi tía, la de Salamanca que... ¿Comprendes?
FABIO Ni una palabra.
PABLO Mira, lo mejor es que te acompañe hasta el Congreso, no se te vaya a hacer tarde y por el camino te explicaré... ¡Se me ha ocurrido un párrafo que va a levantar a la Cámara!
FABIO Bueno, como quieras.
PABLO En seguida vuelvo. (Bajo a Palomo.) Despide a ese tío. (Alto.) Voy a llegarme al Congreso...
AQUIL. Por mí, sabe usted que está cumplido. (A Fabio.) Ya puede usted estar orgulloso de su sobrino.
FABIO No le entiendo una palabra.
PABLO (Llevándosele a tirones.) Vamos, vamos al Congreso... Pues como te decía... (Mutis los dos por el foro.)
AQUIL. Señor Gavilán, (Palomo no contesta.) señor Gavilán... señor Gavilán.
PAL. (Dándose cuenta.) ¡Ah! ¿Es a mí?
AQUIL. Pues claro. ¿Quién hay aquí que se llame Gavilán, más que usted?

PAL. Nadie.

AQUIL. No me explico cómo no me entendía el tío de don Fabio.

PAL. Porque... no entiende a usted ni a nadie.

AQUIL. ¿Eh?

PAL. Está algo... tocado. Debilidad cerebral; pérdida de la memoria... Muchas veces se cree que es lo que no es, y otras veces que no es lo que es... y eso es...

AQUIL. ¿Cómo?

PAL. Eso es lo que tiene; pero por lo demás, tan bueno.

AQUIL. ¡Pobre señor! Ahora comprendo,..

(Entra por el foro BERNARDINO CABEZON que al reconocer a Pachón, dice:)

BERN. ¿Qué veo? ¡Aquilino!

AQUIL. (Reconociéndole.) ¡Bernardino! (Se abrazan.)

PAL. (Aparte.) ¿Quién será este tío?

AQUIL. ¿Pero cómo? ¡tú en Madrid! ¡Qué sorpresa!

BERN. Sí, ya te contaré... Me he decidido a venir porque...

AQUIL. Un momento. Ustedes no se conocen...

PAL. No tengo el gusto...

BERN. Ni yo...

AQUIL. (Con aire de triunfo al oído a Bernardino.) Pues este es...

BERN. ¡Cómo! ¡El! ¡El! ¿Pablo Gavilán?

AQUIL. Pablo Gavilán.

BERN. Permítame usted.,. (Extiende la mano.)

PAL. Con mucho gusto. (Se la va a dar.)

BERN. Por más, que no... (La retira.)

PAL. ¡Ah, pues no!... (La retira.)

BERN. Su sitio deben ser mis brazos. Ahí van... (Se abrazan.)

PAL. (A Pachón.) Bueno; ¿pero quién es este señor?

AQUIL. Bernardino Cabezón.

PAL. (Aparte.) ¡El suegro de Pablo!

BERN. A usted le habrá causado una sorpresa mi llegada, ¿verdad?

PAL. ¡Mucha!

AQUIL. ¡Quién iba a sospechar...!

BERN. Pues sí, estoy aquí y con ella.

AQUIL. ¿Con Virginia? (A Palomo con entusiasmo.) Ha venido Virginia.

PAL. (Con indiferencia.) ¡Ah! Ha venido Virginia. (Dándose cuenta del efecto de su frialdad.) ¡Pero, cómo! ¿ha venido Virginia? ¿mi prometida? ¿la que ha de endulzar mi existencia? ¿la

que ha endulzar mi vejez? ¿la que ha de endulzar...?

BERN. Bueno, basta, basta.

PAL. (Aparte.) Sí, me he puesto demasiado dulce.

BERN. Mi hija, como le he dicho, está en Madrid y pronto tendrá usted el gusto de conocerla. ¡Encantadora muchacha! Ha sacado todas las cualidades buenas de su padre y ni un defecto de los de la madre.

AQUIL. Ya tengo ganas de darla un abrazo.

BERN. (Fijándose en que Palomo es rubio.) ¡Es curioso! Su tía me tiene dicho muchas veces, que era usted un moreno la mar de simpático.

AQUIL. ¿Cómo moreno? Si es de un rubio de espiga otoñal.

PAL. (Aparte.) ¿Y cómo arreglo yo esto? (Alto.) No, verán ustedes: mi tía lleva razón y ustedes también. El color de mi pelo, depende del tiempo.

BERN. } ¿Eh?
AQUIL. }

PAL. Sí, cuando va a llover empieza a morenizarse casi hasta el negro, y cuando se pone raso, toma este color. (Aparte.) ¡Dios mío, que no se nuble ahora!

AQUIL. ¡Qué raro! ¡Es un barómetro!

BERN. Muy cómodo. ¡Sobre todo para un viaje! Si usted me permitiese... (Quiere cogerle la cabeza.)

PAL. ¿Examinar el pelo?

BERN. No, el cráneo: soy un frenólogo rabioso y cabeza que veo, cabeza que examino.

AQUIL. (Aparte.) Su manía.

PAL. Con mucho gusto. (Se sienta.)

BERN. (Examinándole el cráneo.) ¡Maravilloso! ¡Las mismas proeminencias!... ¡El mismo desarrollo! Usted tiene el cráneo de Pipino el Breve. Sí, sí, no hay más que verlo; completamente Pipino. (Dejándolo.) ¡Ah, usted tendrá un hueco en las páginas de la Historia, como lo tuvo él! Son dos cerebros iguales... Bueno, y ahora, vamos a fijar...

PAL. Un momento. (Aparte.) Yo me voy antes de que esto tome mayores proporciones. (Alto.) Si ustedes no se molestasen... Tengo necesidad urgente de entregar una carta en el Ministerio de Fomento, antes de que el Ministro se vaya al Congreso...

AQUIL. ¿De su jefe, tal vez?

PAL. De mi jefe. Se trata de un asunto gravísimo.. Así es, que con el permiso... Ustedes se quedan en su casa.

BERN. Sí, sí, vaya; no faltaba más...

PAL. (Aparte, saliendo.) Yo voy a buscar a Gavilán antes de que esto se complique más. (Mutis por el foro.)

AQUIL. ¿Qué? ¿Qué te ha parecido tu futuro hijo político?

BERN. ¡Muy simpático! ¡Lástima que sus antecedentes...!

AQUIL. Sus antecedentes no pueden ser mejores. (Sacando las notas.) Toma, lee.

BERN. (Sacando las suyas.) Y tú también, lee. (Leyendo.) «Conducta ejemplar.»

AQUIL. (Leyendo.) «Conducta ligera.»

BERN. No tiene trapicheos.

AQUIL. Entre los muchos trapicheos, el más firme es el de una tal Julia *La Hebrea.*

BERN. No debe a nadie.

AQUIL. Debe a todo el mundo. ¡Pero estos informes son falsos!

BERN. Falsos serán los tuyos.

AQUIL. Yo he bebido donde no puedes imaginarte: me los ha dado don Fabio Lafuente.

BERN. Pues en Lafuente he bebido yo también.

AQUIL. ¿Cómo?

BERN. Que esos datos me los ha facilitado el propio diputado por Medinilla.

AQUIL. ¡No es posible!

(Aparece por el foro PABLO GAVILÁN.)

PABLO ¡Qué manía tiene en que le acabe el discurso hoy! ¿Cómo? ¿Todavía este Pachón aquí y con un desconocido?

AQUIL. Llega usted en buen hora; precisamente estábamos hablando de los informes de Gavilán, y me extraña que le haya dicho usted al señor, que su secretario observa una conducta ligera, que tiene deudas, que tiene una amante...

PABLO ¿Que yo le he dicho...?

BERN. ¡Pero si yo no tengo el gusto de conocer a este señor!

PABLO En efecto; es la primera vez...

AQUIL. Entonces, si no le conoces, ¿por qué me has dicho que te ha dado esos informes?

BERN. El que me ha dado a mí esos informes es el diputado por Medinilla.

AQUIL. Pues el diputado por Medinilla, es este señor precisamente.

PABLO (Aparte.) ¡Ay, mi madre!

BERN. Don Fabio es de más edad... con patillas entrecanas...

PABLO (Aparte.) ¡Ay, mi padre!

BERN. Precisamente me dedicó una fotografía suya que... (Registrándose los bolsillos.) Sí, aquí la tengo. Fíjate. (Se la enseña.)

AQUIL. Este no es el diputado. Este es su tío.

PABLO Justo, mi tío. El Fabio, yo Fabio...

BERN. Pero, ¿por qué me dijo que era el diputado?

AQUIL. (Acordándose de lo que le dijo Palomo.) Porque está algo... Debilidad cerebral... pérdida de la memoria... Muchas veces se cree que es lo que no es, y en cambio otras que no es lo que es.

PABLO Eso es.

BERN. En ese caso, ruego al señor diputado que me perdone. Yo le pedí esos informes a su tío, creído que era usted; informes que no le extrañará que deseara tener, puesto que Gavilán va a ser mi yerno.

PABLO (Dando un grito.) ¡Eh! ¿Cómo?

AQUIL. Sí; el señor es mi amigo Cabezón.

PABLO ¡Cabezón! ¿Usted es Cabezón? ¿Este es Cabezón?

BERN. Sí, yo soy Cabezón.

AQUIL. El es Cabezón.

(En el foro se oye la voz de JULIA LA HEBREA, que grita:)

JULIA No, no me anuncies: ya sabes que soy de confianza.

PABLO (Aparte.) ¡Atiza, la voz de Julia!

JULIA (Entrando.) Oye, ¿arreglaste ya?... ¡Ah! Creí que estabas solo.

AQUIL. (Aparte a Bernardino.) ¡Su esposa!

JULIA (Reparando en Pachón.) ¡El Inspector de anoche!

AQUIL. Celebro que esté usted completamente restablecida, señora diputada.

JULIA (A Gavilán.) ¡Cómo! ¿Qué dice este hombre?

PABLO (Aparte.) No hagas caso; yo te explicaré...

AQUIL. ¿De modo que las crisis nerviosas han ido cediendo?

PABLO (Bajo a ella.) Dile que sí.

JULIA Sí.

AQUIL. ¿Ya no tienen que atarla a usted?

PABLO (Bajo a ella.) Dile que no.

JULIA No.

BERN. (Bajo a Pachón.) Tú, preséntame.

AQUIL. Sí, es verdad. (Presentándolo.) Mi amigo Bernardino Cabezón, de Salamanca.

BERN. Honradísimo, señora diputada, en conocerla. El señor Gavilán, ha debido hablarle de mí, sin duda.

PABLO (Bajo.) Dile que sí.

JULIA Sí.

BERN. En este momento le decía a su esposo... (Señalando a Gavilán.)

JULIA (Bajo a Gavilán.) ¿Pero él cree que tú...?

PABLO (Maquinalmente.) Dile que no... Digo, te suplico que aparentes comprender... Luego te diré...

BERN. Pues sí, le decia que esta mañana, cuando estuve en su casa, hablé con su tío creyendo que era su marido.

JULIA (Figurando comprender.) Ah, ¿sí? ¡Es gracioso! (Riendo.)

BERN. Ya me he enterado que está algo... (Indicando loco.)

JULIA ¿Cómo algo? ¡Mucho!

PABLO (Aparte.) ¡Adiós, ésta lo encierra en un manicomio!

BERN. ¡Pobre! Si no lo tomara usted como un atrevimiento, yo le pediría permiso para presentarle a mi hija Virginia.

JULIA ¡Con mucho gusto!

BERN. ¿Qué día es mejor para usted?

JULIA (Bajo a Gavilán.) ¿Qué día le digo?

PABLO Pues el día... el día menos pensado.

JULIA El día menos... (Corrigiéndose.) menos el domingo, cualquier día... Ya le avisaré... Será en seguida.

BERN. Señora, reciba las más expresivas gracias de un modesto frenólogo.

JULIA ¿Freno... qué?

PABLO Nólogo. El estudio de los bultos de la cabeza.

JULIA ¡Ah, vamos! Cura los chichones.

PABLO No, no; es que... ¡Dios mío, cuándo se irán!

BERN. Pues no molestamos más, y con el permiso de ustedes voy aquí, con mi amigo Pachón a...

AQUIL. Estoy a tus órdenes.

PABLO Sí, sí, vayan... no faltaba más.

BERN. Señores...

AQUIL. Señores...

JULIA Vayan con Dios.

BERN. (Desde el foro.) ¡Ah, una súplica! Como yo deseo dar una sorpresa a Pablo Gavilán, no le digan ustedes que he llegado, ni mucho menos que está aquí también su futura esposa.

JULIA (Dando un grito.) ¡Eh!

PABLO ¡El trueno gordo!

BERN. Hasta luego. (Hacen mutis por el foro.)

JULIA (Como una furia.) ¿Tu futura esposa? ¡Luego te vas a casar!

PABLO Te diré...

JULIA No me digas nada; ¿para qué, si lo adivino? Un compromiso de honor... Una unión de conveniencia... Tu vejez asegurada... ¡Porque ella será rica... muy rica y muy fea... pero claro, el dinero lo cubre todo...!

PABLO Julia...

JULIA No, no te canses... si me lo sé de memoria... Tú me quieres con idolatría, soy tu única pasión, pero... te tienes que casar con otra... La vida, la alegría, el amor puede dártelo... pero la tranquilidad, el hogar honesto y honrado, la familia, los hijos, eso no; yo para ti no soy más que una, una de tantas.

PABLO Dices cosas de tontas.

JULIA De tantas, ¿verdad?

PABLO De tontas.

JULIA No, si tienes razón; la culpa la tuve yo por ceder a tus requerimientos, por no hacerme fuerte; pero nací débil y esta debilidad ha sido mi perdición. (Transición.) Algunas veces, cuando yo entro en mi interior, me da vergüenza de mí misma.

PABLO Pues no entres, quédate fuera.

JULIA Tengo sed de honestidad. ¡Casarse! ¡Ser la compañera de un hombre bueno, de un hombre que estuviese lejos del alborear de su vida, para que los años le diesen sensatez y amor al hogar...

PABLO (Aparte.) ¡Adiós, ya empieza con los romanticismos!

JULIA De un hombre como tú, me oyes, Gavilán... Gavilán que clavaste tu pico en mi pecho y tus garras en mi corazón, porque yo te he querido, Gavilán.

PABLO Lo sé, hija, lo sé.

JULIA (Exaltándose.) Te he querido como a nadie, y óyelo bien: tú has sido el único hombre al que no he engañado...

PABLO Lo sé.

JULIA Hasta anoche...

PABLO ¡Eh!

JULIA Hasta anoche me preguntaba yo: ¿será posible que no haga caso de tantos admiradores, que desprecie tantas proporciones, que me condene a vivir en un modesto principal derecha del General Pardiñas por guardarle fidelidad a ese hombre?

PABLO Lo sé.

JULIA Pues ya ves el pago: un puntapié y a la calle.

PABLO A la calle del General Pardiñas. Mientras yo viva, hogar no ha de faltarte.

JULIA (Indignada.) Eso ya me lo ha ofrecido el casero.

PABLO Ah, ¿sí? Pues podía no haberme subido dos duros al mes.

JULIA Lo que más me indigna es tu tranquilidad, tu alegría. Ni un solo instante has sentido el remordimiento de lo que haces conmigo.

PABLO Después de todo, esto tenía que acabar alguna vez.

JULIA (Indignándose.) Ah, ¿sí? ¿Luego tú ya lo tenías pensado? ¿En tus planes de sátiro ya entraba mi abandono? ¿El dejarme por otra? Y, sin embargo, me engañabas con tus promesas, con tus juramentos... Ah, pero no te casarás así como así; el escándalo te lo doy, ¡pero qué escándalo, de gran espectáculo, sin regatearle nada!...

PABLO ¡Julia, por Dios: comprende que soy yo el que va a pagar los vidrios rotos!

JULIA ¿Y qué me importa? Por lo pronto, todo esto, que debía ser para mí y que has comprado conmigo, mira (Lo va tirando y rompiendo.) mira...

PABLO Repito que voy a pagar los vidrios rotos.

JULIA (Rompiendo más cosas.) Así, así, y ahora todo lo del comedor y lo del gabinete; todo, todo... (Entra echa una furia por la primera izquierda y se sentirá poco después ruido de cacharros rotos.)

PABLO ¡Julia! ¡Julia! Ya sabía yo que esto era difícil de convencer. Lo más acertado es que me la hubiese llevado esta noche otra vez a

cenar y le hubiese dado otro festín como el de Baltasar, plato más, plato menos. (Se oye el ruido de vajilla que se rompe dentro.) Plato menos.

(Entra por el foro CÁNDIDO PALOMO.)

PAL. ¡Gracias a Dios que te encuentro! ¡Eh! ¿pero qué ruido es ese?

PABLO Julia *La Hebrea*, que se ha enterado de todo y me está dando las amonestaciones.

PAL. ¡Qué barbaridad!

PABLO Ha empezado las represalias por la vajilla y no sé qué hacer.

PAL. ¿Y Lafuente?

PABLO La habrá hecho cisco.

PAL. Si digo tu amigo Lafuente; ¿por qué no te ayuda a...?

PABLO El que me va a ayudar eres tú. Sí, Palomo; por lo que más quieras, sujeta a esa tromba, convence a esa loca.

PAL. ¿Pero cómo?

PABLO Se me ocurre una idea... Ofrécele dinero; en mi boca esta proposición le parecería un insulto, en la tuya, tal vez le resulte agradable; yo me escondo ahí. Tú dile que me he marchado, que me he ido a donde quieras, y si acepta yo le pediré lo que sea a Fabio.

PAL. Pero...

PABLO No titubees, Palomo, que esta se presenta en Salamanca (Nuevo ruido de platos que se rompen.) y allí está muy cara la porcelana... Ahí estoy. (Entra en lateral derecha.)

PAL. Sí que me da unos encarguitos... porque eso de que en mi boca le va a resultar agradable... No, yo como no la vea muy calmada, no digo esta boca es mía... por si acaso... por si acaso me la desfigura.

(Sale JULIA por donde hizo mutis, tirando unas tazas y unos platos al suelo.)

JULIA ¡Todo! ¡Todo!

PAL. Julia.

JULIA ¡Ah, es usted! ¿Y Pablo? ¿Adónde está ese traidor?

PAL. Julia, que se va usted sin querer al *Tenorio* Cálmese usted; óigame usted y después, puede hacer lo que quiera.

JULIA ¿Y qué me va usted a decir que no sea para mí como si me aplicasen un hierro candente?

PAL. Precisamente a eso he venido yo; a quitar hierro. Siéntese aquí, a mi lado, Julia. (Se la lleva al sofá.)

JULIA (Sentándose y reclinando la cabeza sobre el hombro de Palomo.) ¡Ay, Palomo!

PAL. Reclínese, desahóguese y tranquilícese. (Le coge una mano.)

JULIA (Suspirando.) ¡Ay!

PAL. (Aparte.) ¡Caray, qué bien huele! (Acariciándole la mano.) ¡Y qué suavidad de *peluche!*

(Entra por el foro AQUILINO PACHÓN sin ser visto por Julia y Palomo.)

AQUIL. (Aparte.) Traigo encargo de Cabezón de llevarme a cenar a Gavilán... ¡Eh! ¿Qué veo?

JULIA ¡Mi vida! ¡Mi alma! Todo, todo se va.

AQUIL. (Aparte.) ¡Gavilán y la diputada!...

PAL. Sí, sí, es verdad. Vida... alma... todo, todo se va.

AQUIL. (Aparte.) Me lo dicen y meto en la cárcel al que me lo diga. ¿Y qué va a hacer ahora mi amigo? (Sale con sigilo por el foro, dirigiéndose hacia la derecha.)

JULIA (Incorporándose.) ¡Estoy muerta! Esta traición va a acabar conmigo.

PAL. Vamos, Julia, serenidad. ¡Parece increíble! Usted que es una mujer que ha luchado cara a cara con la vida; que la ha vencido; que ha sabido apoderarse del público y lo ha hecho esclavo de sus canciones: ¿usted, amilanarse así?... ¡No me lo explico!

JULIA A mí lo que me amilana, lo que me escuece hasta hacerme rabiar, no es el abandono; no, amigo Palomo, es el desprecio; porque dígamelo con franqueza: ¿soy yo despreciable?

PAL. ¿Usted? (Aparte.) ¡Caray, qué bien huele! (Alto.) Usted es una mujer que hace *pandán* con la cocaína en lo de anestesiar.

JULIA ¿Verdad que soy una trigueña bastante pasadera?

PAL. ¿Pasadera? ¿Usted pasadera? Usted es un puente con dos ojos más grandes que los del Guadalquivir y más oscuros que la calle de Claudio Coello a las dos de la mañana.

JULIA ¡Rebajarme a mí por una provinciana que, será una birria!

PAL. ¡Figúrese!

JULIA ¡Ah! No se lo tolero, no.

PAL. ¿Quiere usted seguir el consejo de un hombre que, si antes la admiraba, ahora la admira y la aprecia?

JULIA ¿Cual?

PAL. Sáquele usted a Gavilán unas pesetas y «a monarca muerto, monarca puesto».

JULIA ¿Pero dónde tiene él una cosa digna que ofrecerme?

PAL. Si no la tiene, la buscará, me consta; y si me hace usted el honor de encargarme del asunto, figúrese con qué gusto lo haré.

JULIA No sé, no sé... Me cuesta trabajo renunciar a una ilusión que... ¿Y Pablo? ¿Dónde está Pablo?

PAL. ¿Pablo? Creo que ha ido a la estación de las Delicias a despedir a su futuro suegro y a su prometida

JULIA ¿A su prometida? Me alegro; así la conoceré.

PAL. ¿De modo que me desaira usted?

JULIA ¡Nunca! Me es usted muy simpático.

PAL. Entonces mi proposición de las pesetas y la referente a la monarquía...

JULIA Comprenda usted que mi educación... Hay que conservar el prestigio de los pañales; pero de todos modos, vaya usted mañana a la noche por casa y hablaremos.

PAL. Iré.

JULIA Si yo no hubiese vuelto, la portera le hará subir y le abrirá para que me espere... Trátela bien, que es mi madre... Adiós...

PAL. Pero...

JULIA No puedo detenerme. Tengo empeño en conocer a la que va a ocupar mi puesto en el corazón de Pablo. (Mutis foro.)

PAL. Estoy por seguirla.

PABLO (Asomando) ¿Qué? ¿Arreglado?

PAL. A medio arreglar. Ahora va a la estación de las Delicias a conocer a tu futura. Yo le he dicho que se marchaba esta tarde. Por lo pronto tienes un respiro para decidir algo.

PABLO ¡Decidir! ¿Y qué voy a decidir, si llevo un día como para acabarlo en el viaducto? Mi cabeza es un tío vivo... Tengo fiebre... Por un lado Julia, por otro Cabezón.

PAL. A propósito de Cabezón: se me olvidaba lo mejor, digo, lo peor. Tu futuro suegro me ha tomado por su futuro yerno.

PABLO (Aterrado.) ¿Eh?

PAL. Lo que oyes.

PABLO ¿Pero cuando? ¿Cómo?

PAL. Aquí; hace un rato; y ha hecho las presentaciones Pachón.

PABLO ¡Pachón! ¡Siempre Pachón! Ahora resultas tú, su yerno; Julia, mi mujer, digo, la mujer de Fabio; Fabio, mi tío, y todo eso es obra de ese Gorón maldito, al que gracias a Dios no veré más...

(AQUILINO PACHÓN aparece por el foro.)

AQUIL. (Aparte.) Ahora está hablando con el marido. ¡Se necesita descaro! (Alto.) ¿Se puede?

PAL. ¡Pachón!

PABLO ¡El!

AQUIL. Usted perdone, amigo don Fabio...

PABLO ¡A mí no me llame usted don Fabio!

AQUIL. Pues bien, señor diputado.

PABLO A mí no me llame usted diputado.

AQUIL. (A Palomo.) ¿Qué le sucede, amigo Gavilán?

PAL. A mí no me llame usted Gavilán.

AQUIL. (Aparte.) Aquí ocurre algo. ¡Ah, pero pronto lo sabré!... ¡Bueno soy yo! (Alto.) Venía a invitar al señor Gavilán, de parte de mi amigo Cabezón, a una modesta cena.

PABLO (Con alegría.) Dígale usted que iré.

AQUIL. No, si es aquí, al señor Gavilán. (Señalando a Palomo.)

PABLO ¡Ah! ¡Es verdad!

PAL. Ahora no puedo contestarle... luego... más tarde... no sé si mis asuntos...

AQUIL. Aquí, el señor... no sé como llamarle, le dejará seguramente libre.

PABLO Haré todo lo posible.

AQUIL. Cabezón, y sobre todo su hija, tendrán un verdadero placer... Conque si ustedes no mandan otra cosa...

PABLO Nada.

AQUIL. (Bajo a Gavilán.) Vigile usted a su esposa.

PABLO ¡Eh!

AQUIL. ¡Silencio! Pero vigílela, vigílela. (Mutis foro.)

PAL. Bueno, yo te dejo, que tengo que hacer varias cosillas...

PABLO ¡No, por Dios, Palomo, no me abandones, ayúdame a salir de este laberinto africano...

PAL. Gavilán, considera que estoy desde esta mañana sujeto a ti, que tengo todo lo mío abandonado... Déjame hacer dos encargos y te prometo que vuelvo en seguida.

PABLO ¿Palabra de honor?

PAL. Palabra.

PABLO Vete.

PAL. Lo más pronto que pueda, estoy aquí. Adiós.

PABLO Te espero... (Mutis Palomo.) Ahora, voy a ver si le acabo el discurso a Fabio, porque estoy viendo que se me planta otra vez aquí. (Recordando.) Yo tenía unas notas en la mesilla de noche... Sí, sí, voy a ver. (Mutis derecha.)

(Por el foro aparece DOÑA SOL seguida de MARTIRIO.)

MART. Por aquí. Voy a avisarle al señorito.

SOL Está bien. ¡Ah! ¿Qué te pasa, que te noto ojerosa e inquieta? ¿Padeces de los nervios?

MART. No, señora, no; mi madre, que es la portera, que la tengo con una anemia. (Rompe a llorar.)

SOL No llores, por Dios, que me crispas. Procurad hacerla comer y nada más.

MART. ¡Ya lo hacemos, ya!

SOL Anda, avisa al señor. (Martirio entra, derecha.) ¡Dios mío, tiemblo como la hoja en el árbol, azotada por el fiero Aquilón! Estoy aquí... ¡en su casa!... No sé, no sé... Esto que me ocurre es trágico... Hace una hora estaba decidida a... y ahora tengo miedo y me tiemblan las carnes y estoy dando incisivo con incisivo... Ya en la calle me ocurrió lo mismo y me dije: «Si el primer chico que vea es moreno, me vuelvo a casa y desisto de mi venganza».. Y, efectivamente, el primer chico que he visto, rubio.

(Sale MARTIRIO seguida de GAVILAN.)

MART. Aquí sale el señorito. (Se va por el foro.)

SOL ¡Dios mío, dame un camión de fuerzas!

PABLO (Al verla.) ¡Doña Sol!

SOL (Con miedo.) ¡No, no se acerque usted todavía!... Es pronto.

PABLO ¿Pero a qué obedece?...

SOL ¡No, no!... Siéntese usted allí... allí, Así, de un golpe, no lo podría resistir.

PABLO (Aparte.) Esta acaba en un manicomio, y es lo que me falta a mí hoy.

SOL (Haciendo un esfuerzo.) Pablo, esta mañana, cuando le he suplicado que abandonase mi casa, el cielo es testigo de que me había hecho el decidido propósito de no volverle a ver.

PABLO (Aparte.) ¿A qué vendrá todo esto?

SOL ¡Ah, si el muchacho hubiese sido moreno!

PABLO ¿El muchacho?

SOL Pero era rubio, rubio como la miés.

PABLO (Aparte.) ¿De qué chico hablará?

SOL Y sus blondos cabellos me decidieron... Pablo: mientras mi esposo no se ha preocupado de mí, pero me ha sido fiel, yo he sabido respetarle también. Usted lo sabe. He ahogado la voz de mi corazon, he ahogado mis deseos, he ahogado mis instintos, me ha costado un mar de lágrimas, pero gracias a ese mar, lo he ahogado todo. Mas hoy, la cuestión presenta otra faceta: mi esposo me ofende, Fabio me engaña, y yo me he dicho: «Sol, estás relevada de tu compromiso, que Talión sea contigo».

PABLO (Aparte.) ¿Pero qué dice esta mujer? (Alto) Vamos, mi buena amiga, no se exacerbe usted... seguramente serán suposiciones...

SOL Realidades, Pablo; me lo ha dicho el agente que anoche lo condujo a la Comisaría, por una camorra que sostuvo con un cochero.

PABLO (Aparte.) ¡Dios mío!

SOL Mal está en una Entrambasaguas, pero a la falta, contestaré con la falta; él me ofende con una, yo le olvidaré con otro. Esta mañana le pedí que se fuese, ahora vengo a suplicarle el retorno.

PABLO (Aparte.) No, no. Esto ya es demasiado; yo voy a confesarle la verdad. (Se levanta y se dirige a ella.) Querida Sol...

SOL (Aterrada.) ¡No, no, por Dios!... ¡Tan pronto, no!

PABLO Si es que quiero demostraros...

SOL ¡Sí, lo comprendo y lo ansío; pero lo temo, lo temo!... Quiero irme... Me faltan las fuerzas. (Desmayándose en brazos de Gavilán.) ¡Ay, qué es esto que me pasa!

PABLO Señora... Doña Sol... Ya le ha dado el desvencijamiento nervioso, como ella dice... (Llamando.) ¡Martirio! ¡Chica! (Acerca a doña Sol al sofá y la sienta.) ¡Qué día, Señor, qué día! (Entra MARTIRIO por el foro.)

MART. ¿Qué desea el señorito? ¡Anda, se ha sincopao!...

PABLO Trae vinagre en seguida.

MART. Vinagre no hay, si quié usté que traiga aceite...

PABLO ¡Imbécil! Ahora recuerdo que en su casa le aplicaban un... Sí; vete a la botica y que te den un... No, tú no vas a saber pedirlo... Mira, ten cuidado con ella, que yo no tardo nada. Sí, es lo mejor. (Hace mutis corriendo por el foro.)

MART. ¡Pobre señora! Si yo supiera que haciéndola aire revivía... pero y si le soplo y me coge una grippe.

(Entra por el foro BERNARDINO CABEZON.)

BERN. Yo me lo llevo, quiera o no quiera... ¡Eh! ¿Pero qué es esto?

MART. El señor de antes.

BERN. ¿Quién es esta señora?

MART. ¡A saber! A mí me parece que es una víctima del señorito.

BERN. ¿Una víctima? ¡Ah, ya caigo! Esta debe ser Julia, *La Hebrea*... Se habrá enterado de su casamiento... Es necesario que yo arregle esto. Tú, déjame con ella...

MART. Pero...

BERN. No te preocupes, que me lo ha de agradecer tu señorito... Toma este billete de cinco duros.

MART. ¡Cinco duros!

BERN. Cámbialo y quédate con veinte céntimos.

MART. (Haciendo mutis.) Este viejo se arruina.

BERN. ¡He aquí la famosa Julia, *La Hebrea!* Un poco jamona me parece. Realmente las artistas, cuando llegan a la cumbre, llegan algo pasadas. Además, que la escena, las luces y las pinturas, borran el ajamonamiento. Recuerdo haber visto en Salamanca a una celebre artista, que en la escena me pareció una niña y tenía un hijo, Coronel de carabineros por riguroso escalafón.

SOL (Como delirando.) No te vayas, Gavilán...

BERN. Delira con él.

SOL No te vayas...

BERN. ¡Cuando yo decía que era ella!

SOL Pablo, Pablo... (Volviendo en sí y dando un grito de sorpresa.) ¡Ah! ¿Cómo? ¿No son los brazos de Gavilán los que me aprisionan?

BERN. Pablo, no está.

SOL ¿Será posible? ¡Abandonarme, cuando era presa de una crisis de todo el sistema!

BERN. Tranquilícese y escúcheme un momento. Señora, yo sé quién es usted.

SOL ¡Ah, Pablo se ha atrevido a decirle...?

BERN. Yo sé quién es usted, repito; como me figuro a lo que ha venido usted aquí...

SOL (Aparte.) ¡Dios mío, qué bochorno! (Alto.) Caballero, usted comprenderá que... Sí, sí, he sido un poco ligera, lo confieso...

BERN. (Aparte.) Esto se presenta bien.

SOL Créame usted que el arrepentimiento va invadiendo todo mi organismo.

BERN. Más vale así. Usted debe comprender que su lugar no es esta casa.

SOL Sí, sí; lo comprendo.

BERN. Veo que es usted razonable, y puesta ya en ese camino, prométame olvidar para siempre a Pablo.

SOL Se lo prometo, si usted me jura, a su vez, no hablar nunca de lo que aquí ha pasado.

BERN. Se lo juro. Y ahora, váyase antes que vuelva.

SOL Lleva usted razón; no debo verle, porque si lo viese... aunque mi voluntad es fuerte, mi corazón es tan débil... Adiós, caballero.

BERN. Ya me encargaré yo de que le envíe a usted algo .. Un pequeño recuerdo.

SOL Sí, eso sí...

BERN. (Aparte.) Esta quiere una alhaja o dinero.

SOL Que me envíe un mechón de sus cabellos, es lo único que pido.

BERN. (Asombrado.) ¿Nada más?

SOL Nada más. Un mechón de sus cabellos.

BERN. (Con alegría.) ¡Al pelo! Yo mismo se lo enviaré. ¿Dónde vive usted?

SOL Lagasca, 112.

BERN. (Aparte.) ¡En la misma casa del diputado! (Alto.) Vaya usted tranquila, que lo tendrá.

SOL Adiós. (Mutis.)

BERN. A sus pies.

—

BERN. Realmente no puede tachar Pablo de exigente a esta pobre mujer. Esta misma noche le llevaré el mechón de pelo, si se lo deja cortar, o en último caso le ofreceré uno mío (Se pasa la mano por la cabeza, que es toda calva.) si lo encuentro. Y a todo esto, ¿dónde se habrá metido Pablo? Tengo a mi hija abajo, en un coche, esperándome, y la pobrecita estará impaciente. ¡Tiene tantos deseos de conocerle.

(Entra CANDIDO PALOMO por el foro.)

PAL. No dirá Gavilán que he tardado.

BERN. ¡Hombre, Pablo!

PAL. (Aparte.) ¡Mi futuro suegro!

BERN. Me alegro que venga usted, porque tengo una noticia agradable que darle.

PAL. ¿A mí?

BERN. Sí; Julia acaba de marcharse.

PAL. ¿La ha visto usted?

BERN. La he visto, la he hablado y la he convencido.

PAL. ¿Será posible?

BERN. Una sola cosa me ha pedido.

PAL. Me lo figuro: dinero.

BERN. ¡Pues no, señor! Me ha pedido... hágame usted el favor de sentarse.

PAL. (Sentándose.) ¿Qué será?

BERN. (Cogiendo las tijeras de la mesa de despacho.) Me ha pedido (Cortándole un mechón) esto.

PAL. (Levantándose.) ¿Que me pele?

BERN. Un mechón de sus cabellos. No le extrañe a usted; a su edad, estas rarezas son explicables.

PAL. ¡Como a su edad?

BERN. En la escena podrá aparentar lo que quiera; pero que está cerca de los cincuenta, eso lo juraría... Ahora que se conserva admirablemente...

PAL. (Aterrado.) ¡Pero con quién habrá hablado este hombre!

(VIRGINIA entrando por el foro.)

VIRG. Papá, por Dios, no te acuerdas de que me tienes en el coche.

BERN. Apropósito. Acércate que se va a realizar tu deseo. Ahí le tienes. (Señalando a Palomo.)

PAL. ¿Cómo?

BERN. Tu futuro esposo: Pablo Gavilán.

PAL. (Aparte) ¡Ya escampa!

BERN. Su futura esposa: Virginia Cabezón.

PAL. Mucho gusto.

VIRG. El gusto es mío.

PAL. (Aparte.) Es muy mona.

VIRG. (Idem.) ¡Es muy guapo!

(Hay una pequeña pausa; los dos se miran a hurtadillas.)

BERN. ¿Pero qué es eso? ¿Cortedad, cuando dentro de días vais a ser el uno del otro?

PAL. Comprenda usted que... que... (Aparte.) que me gusta mucho.

VIRG. Yo... yo...

BERN. Sí, sí, estando yo delante... pero no importa; os autorizo para que habléis y para que selléis vuestra conversación con un abrazo.

PAL. (Aparte.) ¡Ay, qué gusto!

VIRG. (Idem.) ¡Ay, qué alegría!

BERN. (Idem.) Hay que animarlos. (Alto.) Yo me haré el distraído. (Se sienta y figura que lee un libro.)

PAL. (Acercándose.) ¡Virginia!

VIRG. (Idem.) ¡Pablo!

PAL. Nunca pude imaginarme que la suerte fuese tan complaciente conmigo. Me habían dado detalles de su candor, de su belleza; pero confieso que anduvieron parcos: es usted más bonita de lo que me habían dicho.

VIRG. También yo he recibido una sorpresa en el mismo sentido. Su tía me lo había pintado... Por cierto que me aseguraba que era usted moreno y...

BERN. Eso es cuestión del tiempo; ya te explicaré... (Sigue leyendo)

PAL. (Aparte.) Voy a tener que teñirme. (Alto.) ¿De modo que no le disgusta a usted unir su vida a la mía?

VIRG. Al contrario, ¿y a usted?

PAL. Yo lo deseo por momentos.

VIRG. ¡Como yo!

BERN. (Levantándose,) Ahora, el abrazo y vámonos.

PAL. (Aparte.) Por mí. (Se aabrzan.) ¡Qué suerte tiene ese Gavilán!

VIRG. (Aparte a su padre.) ¡Ay, papá, me gusta mucho!

BERN. (Aparte.) Tendré que pagarle las deudas. (Entra por el foro JULIA.)

JULIA Por la estación no ha aparecido nadie.

PAL. ¡Atiza, Julia!

BERN. ¡Hombre, la señora diputada! ¡Qué feliz coincidencia!

PAL. (Bajo a Julia.) Por favor, no me descubra: yo soy Pablo.

JULIA ¿Pablo?

PAL. Sí, ya le explicaré...

BERN. Señora, puesto que la casualidad ha hecho que nos volvamos a ver, me va usted a permitir que le presente a mi hija Virginia.

JULIA ¡Encantada!... ¡Señorita!...

BERN. Hoy, señorita, y dentro de días, señora de Gavilán.

JULIA ¡Ah! ¿Pero...?

PAL. (Bajo.) Por Dios, siga la farsa.

JULIA (Dominándose.) ¡Ah! ¿Conque usted es...? ¡Muy guapa! (Volviéndose a Palomo.) Le felicito a usted, amigo Pablo, y estoy segura que cuando la conozca mi marido, también le felicitará.

PAL. (Aparte.) ¿En qué parará esta ironía?

(Entra por el foro PABLO GAVILAN con un balón de oxígeno.)

PABLO ¡Lo que han tardado en despacharme! ¡Julia! ¡Cabezón!

PAL. ¡Gavilán! ¡El trueno final!

JULIA (Siguiendo la ironía.) Apropósito; tengo el gusto de presentar a ustedes a mi esposo. (Por Gavilán, al que habrá cogido de una mano.) La señorita Virginia Cabezón, que muy pronto será esposa de nuestro amigo Pablo. (Señalando a Palomo.) Muy mona, ¿verdad? (Gavilán no contesta, y se pasa la mano por la frente, como si fuese a darle un desvanecimiento.) ¡Pero por Dios! por nosotros no estén así; acérquense, abrácense.

BERN. No, si ya se han abrazado.

PABLO ¡Ya!

(Da un grito y cae desplomado en el sofá. Todos acuden a socorrerlo, por el foro entra DON FABIO.)

PAL. ¡Un médico!
VIRG. ¡Agua! (Casi al mismo tiempo.)
BERN. ¡Vinagre!

FABIO Ese no me acaba el discurso. ¿Qué pasa?

BERN. Al señor diputado que le ha dado un accidente.

FABIO ¿A qué diputado?

BERN. ¡A su sobrino!

FABIO ¿A qué sobrino?

BERN. Déjeme usted en paz.

(Todos, rodeándole, gritan al mismo tiempo.

BERN. Don Fabio, don Fabio.
VIRG. Señor diputado.
JULIA ¡Pablo, Pablo! (A un tiempo.)
PAL. ¡Gavilán, Gavilán!

FABIO ¡Esto es una casa de locos!

PAL. (Aplicándole el balón.) Le daremos de esto.

FIN DEL ACTO SEGUNDO




ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto

—

(Al levantarse el telón DOÑA SOL, vestida como en las primeras escenas del primer acto, está sentada en el sofá; el DOCTOR MADRID, con un estetoscopio, figura que la ausculta.)

DOCTOR ¡A ver! Suspire usted.

SOL (Suspirando.) ¡Ay!

DOCTOR Más fuerte.

SOL (Idem.) ¡Ay! ¿Hay lesión?

DOCTOR (Cesando en el reconocimiento.) Mi buena amiga doña Sol, o yo, Florentino Madrid, Doctor en Medicina, estoy loco, o usted tiene de cardíaca lo que yo de Obispo. Fenómenos nerviosos y nada más que nerviosos.

SOL No, amigo Madrid; usted, claro, ¡cómo me va a decir la verdad!; pero yo debo tener el corazón exageradamente hipertrofiado.

DOCTOR No diga usted disparates. Repito que nervios y nada más que nervios. Se alarma usted sin fundamento; se molesta (Aparte.) y nos molesta a todos. (Alto.) A ver: deme usted el pulso... Sí, hay una gran depresión, resultado de una excitación anterior. Vamos, la verdad: ¿ha tenido usted algún disgusto?

SOL Sí, amigo Madrid.

DOCTOR ¿Se ha excitado usted mucho?

SOL Muchísimo. Hoy he pasado por uno de los trances más crueles de mi vida.

DOCTOR ¿Ve usted? Pues eso es lo que no puede ser. Está usted caída.

SOL (Con desaliento.) Caidísima.

DOCTOR Hay que sacudir esos nervios; pero sacudirlos de verdad. La criada ha ido por un específico que la reanimará.

SOL ¿Usted cree?

DOCTOR Seguro. Se trata de unos comprimidos, a base de cafeína; eche usted dos o tres en una botella de agua y tome cada media hora una cucharada grande, de sopa. Respecto a alimentación, nada de carnes...

SOL Precisamente aquí no la comemos: somos vegetarianos.

DOCTOR Bien. El agua procure usted que esté filtrada...

SOL No la bebemos más que mineral: somos mineralianos.

DOCTOR Mejor.

SOL Ahora bebemos «Insálus». Vea usted, ahí está la botella recién empezada.

DOCTOR Magnífico; así apenas notará usted el ínfimo sabor de los comprimidos.

SOL ¿Y usted cree que me reanimaré?

DOCTOR Rápidamente. Es un medicamento de una fuerza tal, que sólo en los estados de decaimiento y de postración, tan grandes como el de usted, puede aplicarse. Si una persona en su estado normal se tomase dos cucharadas, le harían el mismo efecto que si le aplicasen una pila eléctrica. ¡Menuda excitación! En fin, tome usted eso y después, ya veremos. Quizá haya necesidad de enviarla una temporada al campo... a que respire otros aires; a que se oxigene. Sí, sí: la conviene el campo; está usted muy acobardada.

SOL Acobardadísima: estoy hecha, lo que se dice, una gallina.

DOCTOR Por eso le conviene el campo, mucho campo.

SOL Bueno, amigo Madrid, y de los otros medicamentos... ¿sigo tomándolos?

DOCTOR Corte usted de raíz. Nada de glicerofosfatos.

SOL ¿Corto también la Kola?

DOCTOR Todo: descanso, y a huir de las emociones fuertes. Ya vendré yo mañana. Adiós y prepárese para abandonar la Corte.

SOL Adiós, Madrid.

(Mutis del Doctor.)

—

SOL — ¿Me cumplirá aquel señor su palabra? ¿Me enviará el rizo ofrecido del azabachado cabello de Pablo? Será lo único que quedará en mí, de esta ilusión pasajera. ¡Su pelo, que yo ondularé con unas tenacillas y guardaré en un relicario! Sí, yo rizaré el rizo y lo conservaré en un guardapelo que irá siempre conmigo; porque él será la demostración de que mi deber ha sabido vencer a mi corazón. ¡Dios mío, qué apabullada me siento! (Entra por el foro ELEUTERIA con un tubo de cristal parecido a los de aspirina.)

ELEUT. — Aquí está esto.

SOL — Bien. Echa en esa botella, tres comprimidos y déjalos que se disuelvan. Después lo tomaré.

ELEUT. — (Figurando que los echa.) ¿Pero va usted a tomar más potingues?

SOL — (Levantándose.) ¿Y qué he de hacer? La salud es lo primero.

ELEUT. — ¿Sabe usted lo que le digo?... Bueno, y usted me va a perdonar que me meta en lo que no me importa; pero a mí me parece que hasta que no tire usted todas las medicinas a la lata de la basura, no se pone usted buena; ¡porque cuidao que toma usted porquerías!

SOL — (Reprendiéndola.) ¡Ele!...

ELEUT. — Lo que usted oye. Yo soy así: clara, madrileña, chula.

SOL — (Reprendiéndola.) ¡Ele!...

ELEUT. — Además, eso de no comer más que verduras, pica ya en historia.

SOL — Lo sé. Tanta acelga, tanta lombarda y, sobre todo, tanto repollo, pica en historia; pero ¿qué le voy a hacer?

ELEUT. — ¿Que qué le va usted a hacer? ¡Pues buen trozo de carne y buen vaso de vino! ¡Si yo fuese su marido, la de chuletas que le iba a dar a usted; pero chorreando sangre! Ya vería usted a dónde iban a parar los nervios.

SOL — Puede que lleves razón; pero si a mí, ahora, con lo débil que estoy, me dan una chuleta, me desvanezco. La culpa de todo, la tiene el señor, por ser padre de la patria.

ELEUT. — ¿Padre de la patria?

SOL — Sí, hija, sí. Los senadores son abuelos de la patria; los diputados a Cortes son padres de

la patria, y los diputados provinciales son primos.

ELEUT. ¿Entonces los concejales?...

SOL. Esos no son tan primos... En fin, me voy a mis habitaciones y ya te llamaré para que me des ese excitante.

ELEUT. Está bien.

SOL. (Medio mutis.) ¡Ah! Si viene un encargo para mí, llévamelo en seguida, y por si sales, encárgaselo a la otra chica.

ELEUT. Descuide usted.

SOL. (Entrando.) Estoy que el aliento de un pájaro mosca me tiraría al suelo. (Mutis.)

ELEUT. ¡Hay que ver! ¡En los seis meses que llevo aquí, las medicinas que se ha tomao! ¡Debe tener el estómago que ni la Farmacia militar!

(Entra por el foro BERNARDINO CABEZÓN.)

BERN. (Entrando.) ¿El señor Gavilán, no está aquí?

ELEUT. Don Pablo no ha venido todavía, pero no ha de tardar, porque a estas horas suele venir.

BERN. El caso es que tengo a mi hija abajo, en un coche. En fin, esperaré un momento.

ELEUT. Como usted guste. (Va a hacer mutis.)

BERN. (Llamándola.) Oye... Ven, haz el favor.

ELEUT. (Avanzando.) ¿Qué desea el señor?

BERN. (Fijándose en la cabeza.) ¿Sabes que tienes un cráneo muy bonito?

ELEUT. (Asustada.) ¿Usted qué sabe?

BERN. A ver... deja... (Queriendo coger la cabeza.)

ELEUT. ¡Eh! ¡Las manos quietas!

BERN. Por lo visto, ¿tú no sabes lo que soy yo?

ELEUT. Sí; ya me han dicho que es usted una cosa así como ventrílocuo.

BERN. ¡Frenólogo!

ELEUT. Bueno, es lo mismo.

BERN. De modo que deja que te observe la cabeza, a ver de quién tienes algo.

ELEUT. Yo tó lo que tengo, a Dios gracias, es mío y lo de la cabeza, déjelo usted para otro día que me ondule, que tendré más vista. (Haciendo mutis.) ¡El demonio del formólogo! ¡Cualquier día le dejo yo que me examine na! (Mutis foro.)

BERN. Estas analfabetas son refractarias a todo lo que sea ciencia... En fin, Bernardino, a cumplir con tu deber. Un poco desagradable es

la misión; pero tu deber de padre te obliga a ello. Calma y no te alteres. (Ve la botella de agua y el vaso; echa medio y se lo bebe.) No, en eso de alterarme no tengo cuidado. Mis nervios siempre me han obedecido. Vaya un día que llevo. (Bebe.) Estas aguas minerales, en cuanto se las destapan, pierden mucho.

PAL. (Entrando por el foro.) Bueno, lo esperaré.

BERN. ¡Ya está aquí Gavilán! Manos a la obra.

PAL. (Avanzando.) ¡Cabezón! ¿Cómo, usted aquí?

BERN. Precisamente para verle a usted.

PAL. ¿A mí?

BERN. (Poniéndose serio.) ¡A usted, señor Gavilán!

PAL. (Con calma.) Pues hable.

BERN. (Empieza poco a poco y sin exageración a hacer contracciones nerviosas con la cara, brazos, etc., etc. Consecuencia de haber bebido el excitante de la botella.) Me alegro verle a usted en esa actitud tranquila. Cuando los nervios mandan, no se va a ninguna parte. Yo soy igual: linfático. (Hace un estremecimiento.) Yo no tengo nervios. (Se estremece nuevamente.) Yo soy todo reflexión.

PAL. Bien; ¿pero de qué se trata?

BERN. Se trata, señor don Pablo, de que usted no puede casarse con mi hija.

PAL. ¿Razones?

BERN. Lo sé todo. Mientras sus devaneos no han pasado de mujeres fáciles o de artistas más o menos ajamonadas, mal está, pero algo hay que perdonar. Lo que no tiene perdón —¿me oye usted?—es que lleve su concupiscencia a una casa que debiera ser para usted un templo; que abuse de la intimidad que le presta su cargo. ¿Me oye?

PAL. Le oigo.

BERN. Y que aprovechándose de la confianza que en usted depositan, holle un hogar honrado; holle la honra de un amigo, lo holle todo. ¿Me oye?

PAL. Lo hollo, digo, lo oigo. ¡Caramba, que me está usted poniendo nervioso!

BERN. Pues calma. (Más nervioso.) Tome mi ejemplo.

PAL. Bueno; pero, ¿a qué se refiere usted?

BERN. Mi amigo Pachón me lo ha dicho todo.

PAL. ¿Y qué es todo?

BERN. ¿Se atreverá usted a negar que es... no sé como decirlo, algo más que el secretario de

don Fabio? Vamos, que además de la secretaría, le ayuda usted en... todos los menesteres de la casa.

PAL. ¡Don Bernardino!

BERN. En todos. Este mediodía le ha sorprendido a usted, en su casa, en el momento en que la señora diputada reclinaba la cabeza en el hombro de usted y le decía con un silabeo que era un arrullo: «¡Vida... amor!...» Y usted le silabeaba tambien: «Sí, vida... amor... todo...!» ¿Se atreverá usted a negarlo? (Se pasea nervioso.)

PAL. (Aparte.) Bueno, se está moviendo un lío que no lo lleva un mozo de cordel por seis duros. ¡Claro, como estos creen que Julia es la mujer de don Fabio!

(Entra VIRGINIA por el foro.)

VIRG. ¡Pero papa; qué siempre que me dejas en coche no te acuerdas de mí!

PAL. ¡Ella!

VIRG. ¡El!

BERN. Perdóname, hija; pero ya conoces mi calma. Tenía necesidad de hablar con el señor Gavilán antes de nuestra partida para Salamanca.

VIRG. (Con pena) ¿Nos vamos?

BERN. (Cada vez más nervioso.) Mañana mismo... Hoy mismo... Ahora mismo... (Desesperado.) ¿Pero qué es lo que me pasa a mí?

VIRG. ¿Vendrá con nosotros Pablo?

PAL. (Aparte.) ¡Es verdaderamente encantadora!

BERN. No... El señor Gavilán se queda porque... Es necesario que lo sepas: tú ya no te casas con él.

VIRG. ¿Eh? ¿Cómo?

BERN. (Muy fuerte.) ¡Que no te casas con él!

VIRG. ¡Ay, papá! ¡Qué modales! Tú nunca has sido así.

BERN. (Más excitado.) ¿Y a mí qué? (Aparte.) Estoy para un fox trot,

VIRG. Pues bien, papá, sin nervios, porque tú sabes que yo no los tengo, debo decirte que tu determinación me contraría, porque la verdad, siento que le quiero.

BERN. Pues yo te prohibo que sientas esas cosas.

VIRG. ¡Ay, papá!...

PAL. (Acercándose.) ¿Le ocurre a usted algo?

VIRG. No sé... Siento así como un mareo...

PAL. Agua, beba usted un sorbo de agua. (Coge la botella, echa medio vaso y se lo alarga.)

VIRG. (Bebiendo.) Gracias, muchas gracias.

PAL. (Echándose él también un vaso.) La verdad es que llevamos un diita, que yo no sé donde tengo el paladar. (Bebe medio vaso y poco a poco se va excitando.)

VIRG. ¿Es irrevocable esa decisión?

BERN. (Que no deja de pasearse.) ¡Irrevocable! El mismo, acaba de decirme que tengo razón.

VIRG. ¿Usted? ¿Entonces es que no le agrado?

PAL. Al contrario. Cada momento me resulta usted más encantadora, más adorable...

BERN. ¡Señor Gavilán, basta!... Y tú ya lo sabrás todo. Ahora no es ocasión...

(Se oye la voz de PABLO GAVILAN que se supone habla con la criada.)

PABLO (Desde dentro.) ¿De modo que todavía no ha regresado?

BERN. (Al oir la voz.) Ahí está don Fabio, y me alegro: así le daré mis excusas y... (A Virginia.) Tú, espérame en el coche. No debes oir lo que vamos a hablar; lo único que te aseguro es que no puedes casarte con Pablo Gavilán.

PABLO (Que ha entrado al mismo tiempo. Aparte.) ¡Lo sabe todo! ¡Adiós herencia y adiós esposa! Es una monada.

VIRG. (Haciendo mutis, nerviosa.) Está bien; pero ten en cuenta que de no casarme con él, no me casaré con nadie.

PABLO (Viéndola marchar.) ¡Bendita sea tu boca! (Alto a Cabezón.) Ya oye usted la decisión de su hija. Supongo que no será usted tan cruel que la prive de un enlace que desea.

BERN. (Aparte.) ¡Y cómo le digo yo que es por culpa de su mujer!

PABLO Además, ahora que ha llegado el momento, yo debo confesarle a usted que a mí también me gusta mucho.

BERN. (Dando un salto de sorpresa.) ¡A usted!

PAL. (Aparte.) ¡Arrea!

PABLO Sí, a mí.

BERN. ¿Que le gusta a usted mi hija?

PABLO Como para un vahido.

BERN. (A Palomo que empieza a ponerse nervioso.) ¿Oye usted esto?

PAL. (Nervioso.) Yo no oigo nada.

BERN. ¡Y es a mí! ¡A su padre, a quien se atreve usted a decírselo!

PABLO ¿Pues a quién quiere usted que se lo diga? ¡A usted, que es su padre!

BERN. (*Aparte.*) ¡Pero qué poca vergüenza hay aquí en Madrid! (*Alto.*) ¿Y la señora diputada? ¿Qué va usted a hacer de ella?

PABLO ¡Y a mí qué!

BERN. ¿Pero es que usted olvida quién es ella?

PABLO La mujer de don Fabio.

BERN. Naturalmente, su mujer de usted.

PABLO ¡Mi mujer! (*A Palomo.*) ¡Ah! ¿Pero es que todavía no sabe nada?

PAL. (*Más nervioso.*) No, hombre, no; no sabe nada.

PABLO (*A Bernardino.*) Doña Sol, no es mi mujer.

BERN. ¿Cómo, usted no está casado con?...

PABLO No, señor.

BERN. Acabáramos. ¿Entonces usted es su?...

PABLO (*Interrumpiéndole.*) Yo no soy el que usted cree que soy.

PAL. Ni yo tampoco.

BERN. ¡Ah! ¿De modo que ustedes?...

PABLO Yo soy el que usted cree que es éste. (*Por Palomo.*)

PAL. Justo.

PABLO Y si yo me he hecho pasar por el que usted cree que soy, como Palomo se ha hecho pasar por el que usted cree que es...

BERN. ¿Palomo? ¿Pero quién es Palomo?

PAL. (*Nervioso.*) Yo soy Palomo.

BERN. ¿Usted?

PABLO Sí, y todo ha obedecido a que Pachón me tomó anoche por el que usted cree que es mi tío. En cuanto a Julia, tampoco es lo que usted cree, sino mi... ¿Usted me comprende?

BERN. ¡Yo!... Yo estoy deseando volver a Salamanca, y que me metan en una casa de salud.

PABLO Pero si es muy sencillo. Este, se ha hecho pasar por mí delante de Pachón; como yo me hice pasar por don Fabio a los ojos del cochero.

BERN. (*Aterrado.*) ¡Ah! ¿Pero ahora tenemos un cochero?

(ELEUTERIA *entra por el foro.*)

ELEUT. Señor.

PABLO ¿Qué pasa?

ELEUT. El cochero.

PABLO (Aterrado.) ¿Qué cochero?

ELEUT. El cochero manda a decir con la portera, que hagan el favor de bajar, porque la señorita que espera dentro, está como loca, dándole patadas a la bigotera, subiendo y bajando los cristales, y además le obliga a que la pasee de una esquina a otra de la calle.

BERN. ¿Pero cómo es posible, si mi hija ha sacado mi temperamento? (Muy nervioso.) Todo eso es por culpa de usted.

PAL. (Más nervioso.) ¿Me quiere usted dejar en paz?

PABLO Señores, vamos a ver lo que le ocurre.

BERN. Sí, sí; vamos.

ELEUT. (Aparte, a Gavilán.) En el cuarto del recibimiento hay una señorita que desea hablar con usted. No he querido darle el recado delante de todos, porque me huele a lío.

PABLO Dios te conserve el olfato. (Alto.) Vayan ustedes, que en seguida bajo yo. Y tú, Palomo, por lo que más quieras, concluye de explicarle aquí, al señor Cabezón... Empápalo bien... de todo.

PAL. Para encarguitos estoy yo. ¡Estoy sudando a chorros.

PABLO ¡Haz el favor de empaparlo! Lo ultimo que te pido.

BERN. Vamos.

ELEUT. Si no está parado en la puerta echen ustés calle arriba, que se lo encontrarán.

(Al llegar al foro, dice Palomo a Bernardino.)

PAL. Pase usted.

BERN. Usted.

PAL. (Nervioso.) Usted primero.

BERN. (Idem.) No, usted.

PAL.
BERN. } Los dos, primero. (Pasan los dos y hacen mutis.)

PABLO ¡Pero qué genio han echado esos!

ELEUT. Ya, ya. Por lo visto tiene a quién parecerse la señorita del coche.

PABLO Anda, dile a esa señora que pase. (Eleuteria hace mutis. Gavilán se sienta junto a la mesa.) Y a todo esto, el discurso de Fabio, bueno gracias... ¿Pero quién tiene humor ni nervios? Y eso que a mí los nervios no me han preocupado nunca. Lo que tengo es una sequedad de boca... y una tirantez en los labios... que si tuviera que tocar la ocarina, me ha-

bía lucido. Abusaré de la Insalus. (*Echa agua y bebe, excitandose poco a poco, efecto de la bebida.*) (*Entra por el foro* JULIA, *trae en los brazos un perrito lulú, grifón, o de cualquier otra raza, pero que sea de lujo.*)

JULIA Creí que no me ibas a recibir.

PABLO ¡Julia! ¿Pero cómo te has?...

JULIA No te inquietes, vengo en son de paz; al aire la bandera blanca. Nada de voces, nada de recriminaciones .. Ya ves, he traído conmigo a Caruso. (*Por el perro.*) ¡De la única fidelidad que no cabe dudar. Este sí me querrá hasta la muerte. ¿Verdad, Caruso?

PABLO ¡Ya puede!... ¡Quinientas pesetas que costó!

JULIA Y cerca de diez reales diarios que se me van entre golosinas y comida. ¡Pero es Caruso!

PABLO ¡Y tan Caruso! Bueno, ¿supongo que no habrás venido a establecer un paralelo entre la fidelidad de los caninos y la de los hombres?

JULIA Saldríais perdiendo.

PABLO ¿Entonces?... (*Poniéndose nervioso.*)

JULIA He venido... ¿Pero qué te pasa?... ¡Estás inquieto!

PABLO No sé... Quizá el temor de que llegue Fabio, o que salga su esposa... Anda, habla, habla y vete.

JULIA Tu amigo Palomo me ha hablado de... no sé cómo decírtelo... algo así como una indemnización de daños y perjuicios, y aunque tú me conoces y sabes demasiado que yo soy incapaz de ciertas cosas, está la vida tan cara y se ha puesto todo a unos precios... Ahora vengo de ver un corte de vestido de lo más sencillo... un azul marino... y ¿a que no adivinas lo que me han pedido?

PABLO ¿Azul marino? Te habrán pedido la mar.

JULIA ¡Cuarenta duros! Cuando antes valían escasamente quince. Pues, ¿y la ropa interior?... La ropa interior está subiendo de una manera que es un escándalo. Y si es un entredós o una puntilla... únicamente en la Plaza de Pontejos se pueden comprar.

PABLO Pues vete a la Plaza a que te dén la puntilla.

JULIA Así es que me he dicho: Julia, sacrifica tu cariño, mata tus nervios, toma bromuro, toma tila, toma lo que te dé y olvídalo. Ya

lo dice el refrán: «Los duelos con viena son menos».

PABLO Bueno, pues tú dirás... pero te suplico que abrevies, porque me estoy poniendo como el rabo de Caruso.

JULIA Supongo que no añadirás a la ofensa de la proposición, la ofensa de que sea yo quien la tase. Eso debe salir de ti... Piensa que tu abandono, me va a costar una enfermedad. Sí, Pablo... Desde que lo supe, tengo un dolor de cabeza que no sé cómo puedo tenerme de pie... Las sienes me saltan, me cuesta trabajo abrir los ojos.

PABLO Apropósito: por aquí debe tener (Mirando en la mesa.) Fabio una caja de rapé inglés que es mano de santo. El, padece mucho de jaquecas y eso le despeja la cabeza a la segunda toma que toma. Toma, (Alargándole una cajita.) verás cómo te alivias. Y en cuanto a la indemnización... (Se oye fuera la voz de Fabio.)

FABIO (Desde dentro.) ¿Conque está ahí Gavilán? ¡Me alegro!

PABLO ¡Demonio, Fabio! Haz el favor de entrar ahí, en ese gabinete un momento. Yo me arreglaré para que se vaya de aquí y en seguida nos marcharemos juntos. Confía en mí, que todo quedará arreglado.

JULIA ¿No tardarás?

PABLO Ya puedes figurarte... Pero por Dios, guarda el mayor silencio... nada de ruido.

JULIA Para ruidos estoy yo con el dolor de cabeza que tengo.

PABLO Entra... que entra.

(Entra en la derecha JULIA; por el foro aparece DON FABIO.)

FABIO (Entrando.) ¿Qué? ¿Te has repuesto del soponcio? Tú, si no cambias de vida, acabarás como mi señora: siendo un neurasténico inaguantable... Y apropósito: me tienes que explicar... pero antes... ¿qué hay de mi discurso? Es lo que me interesa sobre todas las cosas.... ¿Has hecho algo? Siéntate, hombre.

PABLO (Que se pasea nervioso.) No puedo.

FABIO Jesús Garríguez, el director de *La Antorcha,* me ha ofrecido que dedicará una plana a dar cuenta de mi interpelación y que publicará además mi biografía...

PABLO — ¿Quién? ¿Jesús?

FABIO — Sí, Jesús. (*Se oye un estornudo muy fuerte en el cuarto donde está Julia. Fabio, que está vuelto de espaldas, cerca de la mesa, cree que es Gavilán, y dice:*) ¡Jesús!

PABLO — ¡Ya lo he oído, hombre!

FABIO — Ahora no es por el periodista, es por el estornudo. (*Vuelve a estornudar Julia.*)

PABLO — (*Aparte.*) ¡Esta me compromete!

FABIO — ¡Bueno le has cogido!

(*Sale, por donde hizo mutis, DOÑA SOL.*)

SOL — Me alegro que estés aquí; precisamente iba a mandar que te buscasen.

FABIO — ¿Te ocurre algo?

SOL — (*Con severidad.*) Señor don Fabio Lafuente: ¿dónde cenó usted anoche?

FABIO — Anoche en...

SOL — (*Sin dejarle concluir.*) Eso no es verdad.

PABLO — (*Aparte.*) Esto se nubla.

FABIO — (*Con calma.*) ¿Pero Sol?

SOL — (*Indignada.*) Hoy no hay Sol.

PABLO — (*Aparte.*) Se nubla, se nubla.

SOL — Usted cenó anoche en el Ideal Rosales con una... concubina, a la que tiene usted la avilantez de presentar como su señora.

FABIO — (*Asombrado.*) ¿Qué dices?

SOL — ¡Lo que digo!

FABIO — (*Aparte.*) Cuando digo...

SOL — No puedo exigirle a usted que me lleve a casa de mis padres, porque están, como usted sabe, en un panteón; pero sí le exijo su autorización para entrar en un convento.

FABIO — (*Desesperado.*) ¡Sol: mira que ya estoy harto de tus nervios y que si no te enmiendas vas camino de la locura.

SOL — He dicho que entraré en un convento y mi decisión es irrevocable. Entraré en las Comendadoras de Santiago o en las Descalzas Reales; donde sea mujer... Por más que según está el calzado me conviene más ser Descalza.

FABIO — Bueno, acabemos: ¿de dónde has sacado esa ridícula leyenda de que yo cené anoche en el Ideal Rosales con una mujer...?

SOL — De labios de la autoridad que quiso arrestarte por haberle faltado a un cochero.

FABIO — ¿Yo, a un cochero? ¿Oyes esto, Pablo?

PABLO — (*Nervioso.*) Yo no oigo nada.

FABIO ¡Un cochero!

(ELEUTERIA entrando por el foro.)

ELEUT. Señor: un cochero.

PABLO ¡Eh!

ELEUT. Desea darle las gracias al señor diputado por las cincuenta pesetas que le ha enviado por la bronca que tuvieron anoche.

FABIO (Sin comprender.) ¡Cómo!

PABLO (Aparte.) Se nubla y truena.

SOL Y ahora, ¿son mis nervios o una realidad?

PABLO (A Fabio.) Si te parece, yo saldré y me enteraré...

FABIO ¡Nunca! Quiero ser yo mismo el que interrogue...

SOL Delante de mí, te lo prohibo... Ni puedo descender a ciertas escenas, ni mi salud me permite una excitación más.

FABIO Pues contigo o sin ti, yo aclaro esto. (A Eleuteria.) Vamos. (Sale por el foro seguido de Eleuteria.)

(Quedan solos DOÑA SOL y GAVILAN, que se pasea inquieto. Vuelve a oirse fuertemente el estornudo de Julia.)

SOL (Creyendo que es Gavilán.) ¡Jesús!

PABLO (Aparte, desesperado.) ¡Se está tomando todo el rapé!

SOL ¡Bueno le ha cogido usted!

PABLO (Secamente.) Regular.

SOL Gavilán: ese tono agrio, no me hiere, porque comprendo que tiene usted razón. Lo que le he hecho a usted hace algunas horas es para estar, no digo agrio, en salmuera.

PABLO Señora: aquí lo imperdonable es que un atrevimiento mío...

SOL (Sin dejarla acabar.) Nunca; el atrevimiento, si lo hubo, que sí lo hubo, hubo de ser por mi parte... Sí, no me interrumpa usted; por mi parte y solo por mi parte, Pero bien castigada estoy. Usted no sabe qué día estoy pasando, y no es eso lo peor, sino que me aguarda una noche de perros...

(Se oye ladrar a Caruso. Gavilán tose, mueve las sillas, no sabe qué hacer por tapar los ladridos.)

PABLO (Aparte y desesperado.) ¡Ay, Caruso, qué pateadura te voy a dar esta noche!

SOL Usted, ya lo veo: usted está también desesperado.

PABLO Yo estoy para tocar la guitarra por cifras.

SOL — Lo comprendo, y puesto que ya conoce mi decisión conventual, perdóneme, olvídeme y hasta me atrevo a recomendarle aquello del cancionero popular: «Agua que no has de beber, déjala correr.» San Antonio, al que desde niña venero, me consolará hasta que la clausura me dé la paz que deseo. ¡Sí, San Antonio! Por el ósculo que todos los días deposito en tus manos, consuélame... Y a propósito: es la hora en que suelo darle el beso... con su permiso.

PABLO — Un momento: yo deseaba aclararle a usted...

SOL — No puedo, no estoy para más explicaciones; además, ya lo ha oído usted: es la hora de mi beso a San Antenio...

PABLO — Es que es importantísimo... yo se lo suplico...

SOL — Siendo así, espéreme... voy al gabinete.

PABLO — Es que si tarda...

SOL — Llegar y besar al santo. Y si mis nervios me lo permiten le escucharé.

PABLO — Haga usted un esfuerzo.

(Mutis de doña Sol.)

PABLO — Bueno, y cómo saco yo a esta ahora.

FABIO — (Entrando indignado.) ¡Qué infamia! ¡Esto no ocurre más que en España! Mi investidura de padre de la patria rodando por los *music-hall* y por las Comisarías.

PABLO — (Aparte.) Lo que yo temía: le ha sentado como un tiro.

FABIO — Pablo, amigo Pablo: un miserable, acompañado de una mujer, ha tomado mi nombre anoche, y lo que es peor, lo ha manchado con el escándalo y lo ha dejado después, en un atestado policíaco. ¡Ah, pero yo lo veo claro! Esto es una maniobra de mis enemigos políticos.

PABLO — Tienes una vista que Dios te la conserve.

FABIO — Quieren comprometerme; deshonrarme ante mis electores. Tú ya sabes que yo soy de los que verdaderamente molestan a mis enemigos políticos. Pregunta a cualquiera de ellos: ¿qué hace Lafuente? y todos contestarán: Lafuente molesta a todo el mundo.

PABLO — El Evangelio.

FABIO — Y claro, se habrán dicho: pues a desacreditarle; a que su nombre ruede por la sección

de sucesos de los periódicos; a hacerle una atmósfera de libertino, de borracho... porque de ese modo, ¿con qué autoridad se va a levantar en el Congreso a increparnos? ¿Está esto claro?

PABLO Un amanecer de Julio.

FABIO Pero no será, porque descubriré a los farsantes. He suplicado por teléfono al Director General de Seguridad, que me mande un policía experto y la pelota se volverá contra ellos.

ELEUT. (Por el foro anunciando.) El señor Pachón.

FABIO (Indignado.) ¿Pero otra vez tu acreedor?

PABLO Di que nos hemos muerto.

FABIO No, que pase; verás como yo termino esto de una vez.

AQUIL. (Entrando.) Señores, yo vengo...

FABIO Basta de palabras. A ver, ¿cuánto se le debe?

AQUIL. ¿Cómo?

FABIO Sí, hombre, sí. ¿Que qué le debe Pablo, para pagárselo y que nos deje usted en paz?

AQUIL. A mí, no se me debe nada.

FABIO Entonces, ¿a qué viene usted aquí?

AQUIL. Vengo de parte del señor Director General de Seguridad, a ponerme a las órdenes del señor diputado.

FABIO ¿Entonces usted es...?

PABLO (Aparte.) Vaya se acabó. (Alto.) Fabio, necesito hablar contigo unos instantes. Usted, amigo Pachón, hágame el favor de pasar a ese gabinete y espere. (Bajo a él.) Y dígale a la persona que encontrará ahí, que voy a degollar a Caruso.

AQUIL. ¡No me explico!...

PABLO Ella se lo explicará todo. Pase usted. (Lo entra a empujones.) Y ahora, querido Fabio, ya que yo, sin saber por qué no puedo tener calma, tenla tú y óyeme. El sinvergüenza ese que anoche tomó tu nombre y tu investidura, fuí yo.

FABIO (Indignado.) ¿Tú?

PABLO Yo, que al salir del Ideal Rosales, donde cené con Julia, más que por el deseo de cenar, por el de darle cuenta de que iba a casarme y calmarla, tuve una bronca con un cochero; y al llevarme a la Comisaría, la fatalidad hizo que se me cayesen los apuntes del dis-

curso y como estaban en papel, con tu membrete, me tomaron por ti...

FABIO ¿Y por qué no...?

PABLO No me interrumpas: eso iba a hacer, a aclarar el error; pero la noticia corrió como la pólvora y los concurrentes creyendo que tenían delante al diputado por Medinilla, al hombre íntegro, al político batallador, empezó a gritar: ¡Viva don Fabio Lafuente!

FABIO (Trocando su disgusto en alegría.) ¡Cómo! ¡He sido aclamado!

PABLO ¡Pero tú no sabes de qué modo! Los hombres agitaban los flexibles; las señoras sacudían los pañuelos; los balcones se abrieron...

FABIO ¿Tiraron algo?

PABLO ¡La mar de cosas! ¿Quién desengaña a unos manifestantes tan espontáneos como numerosos!

FABIO Sí, sí, hiciste bien. ¡Quién hubiese estado allí!

PABLO Fué un momento emocionante y tierno.

FABIO (Entusiasmado.) ¡Aclamado! ¡Aclamado, gracias a ti! ¡Un diputado independiente, porque yo soy casi independiente, aclamado por el pueblo de Madrid! Esto significa que puedo presentar mi candidatura por la Villa y Corte con algunas esperanzas de triunfo.

PABLO Con algunas esperanzas y con muchas pesetas, seguro.

FABIO Amigo Pablo, te ruego que no digas a nadie... Si el Gobierno se entera, me conviene que sepa que he sido yo, en persona, el aclamado. Unicamente Sol... sí, sí, voy a contárselo todo y tú no te vayas sin acabarme el discurso.

PABLO Sí, sí, descuida. (Mutis de Fabio.) El discurso se lo mando yo a este desde Salamanca y ahora voy a que se vaya esta... (Llegando a la puerta del gabinete.) Ya pueden ustedes salir. (JULIA y AQUILINO PACHON salen.)

AQUIL. ¡Señor Gavilán!

PABLO Está usted enterado de todo, ¿verdad?

JULIA De todo.

PABLO Pues bien, don Fabio, el auténtico padre de la patria, le dirá a usted lo que tiene que

hacer y le ofrecerá incondicionalmente su apoyo y tú... (Por Julia.)

(Entran por el foro discutiendo nerviosamente BERNARDINO, VIRGINIA y PALOMO.)

PAL. Pues sí señor.

BERN. Pues no señor.

VIRG. Pues sí señor.

BERN. ¿Y las planchas que yo he estado haciendo?

VIRG. Pero si él no ha tenido la culpa.

PABLO (A Palomo.) ¿Qué? ¿Ha comprendido por fin el señor Cabezón...?

BERN. Todo.

PABLO En ese caso, tengo el honor de pedirle la mano de su encantadora hija Virginia.

BERN. Y yo se la concedo.

VIRG. Poco a poco: yo venía, efectivamente, dispuesta a casarme con Pablo Gavilán, y como para mí Pablo Gavilán ha sido este, (Por Palomo.) y este es el que me gusta, o me caso con él o entro en un convento.

PABLO (Aparte.) ¡Otra Descalza! (Alto a Palomo.) ¿De modo que abusando de mi amistad has hecho la corte a la señorita Virginia?

PAL. Tú sueñas.

PABLO ¿No has oído que te quiere?

PAL. ¿Y tengo yo la culpa de que me hayas hecho pasar por ti?

BERN. Casarte con otro después de lo convenido con la tía del señor, ¡jamás!

PAL. Le advierto a usted que tengo veinte mil pesetas de renta y otra tía inmensamente rica, e inmensamente vieja.

BERN. Jamás... casaré a mi hija más que con usted, porque es al que ella quiere.

PABLO ¡Y todo por haber sido padre de la patria una noche! (A Julia.) Ya lo oyes: me quedo compuesto y sin novia. Continuaremos nuestro idilio...

JULIA ¡Eso! ¿y qué hago con el casero, que hace poco le he dicho que me convenían las condiciones del piso...?

PABLO ¡Ni esto!

JULIA Como tú me habías desahuciado...

PABLO ¡Ah, pues esto no queda así! Lo que es mi coraje lo paga alguien... y ya sé quién va a ser: el Ministro de Abastecimientos. Menudo discurso. (Acercándose a la mesa y figurando que escribe.) Sí, señores diputados: desde que

ese hombre inepto ocupa la cartera, todo se ha gravado: las harinas con un diez por ciento, la carne con un ocho, la ropa con un siete...

(El telón va cayendo lentamente, desde que empieza a escribir.)

(Un momento antes ha aparecido por la puerta DON FABIO y al acabar de decir lo del siete, aplaude diciendo:)

FABIO Bravo, bravo. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE CÓMICO

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem id.
El niño de Jerez, ídem id.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem id.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas*.
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, idem id.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, idem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem id.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La vírgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, idem íd.
El pícaro mundo, idem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, idem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.

La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem id.
El aire, ídem, id.
El rey del valor, ídem id.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, zarzuela en un acto.
La hostería del laurel, ídem id.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un ácto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lirico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monóloge en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, juguete cómico en tres actos,
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.

Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la patria, juguete cómico en tres actos.

OBRAS DE JOSÉ ROSALES

El ángel del hogar.—Juguete cómico en tres actos.

La chiquilla.—Comedia en tres actos.

Deborah.—Comedia en tres actos.

La flor de los montes.—Zarzuela en tres actos. Música del maestro Salguero.

La Garduña.—Zarzuela en dos actos, dividido el segundo en tres cuadros. Música de los maestros Soutullo y Vert.

Las aventuras de Colón.—Humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros. Música de los maestros Soutullo y Monterde.

El padre de la patria.—Juguete cómico en tres actos.

Precio: 2,50 pesetas